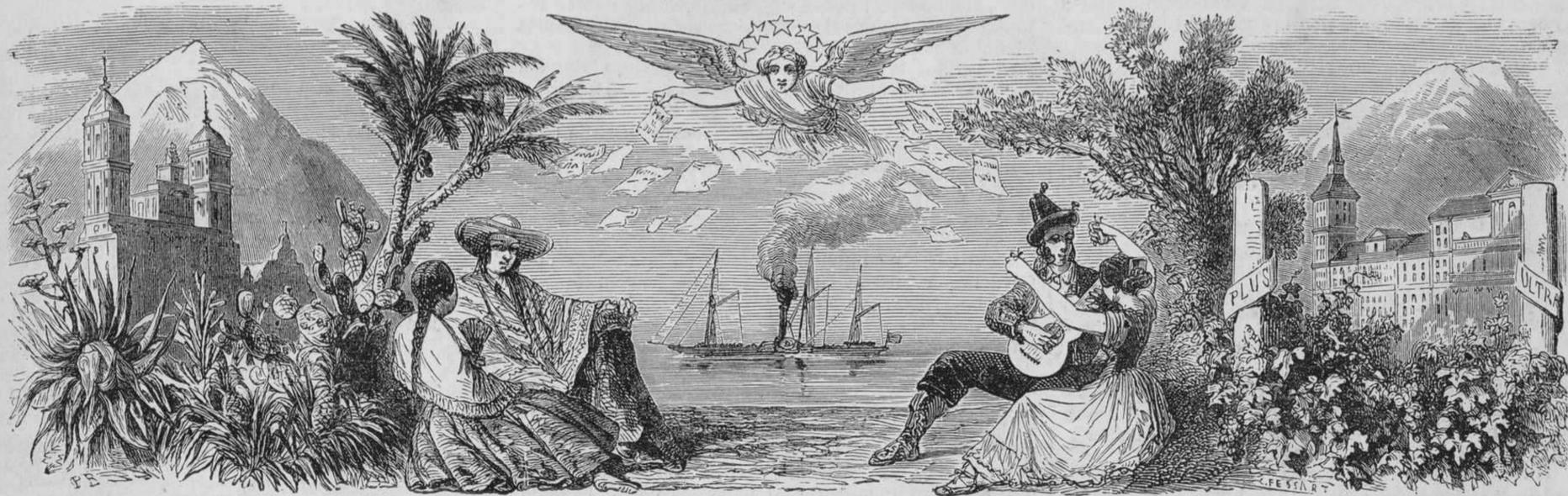


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Saulnier num. 4, en Paris.

Año 20. — N° 452.

SUMARIO.

Carlos XV, rey de Suecia, y su hermano el príncipe Oscar: grabado. — Tradiciones de América. — Exposición de 1861: grabados. — Embarque de S. M. el rey de Suecia en la rada de Cherburgo: grabado. — Revista de Paris. — Regatas en Tolon: grabado. — Plegaria á la noche. — Excursiones veraniegas. — Sucesos de América: grabados. — Estudio sobre la antigua pintura española. — Inauguración del boulevard Malesherbes: grabados. — Botetin científico. — La vida y la muerte de un periodista: grabado. — El Padre Ventura: grabado.

Tradiciones de América.

(Continuacion.)

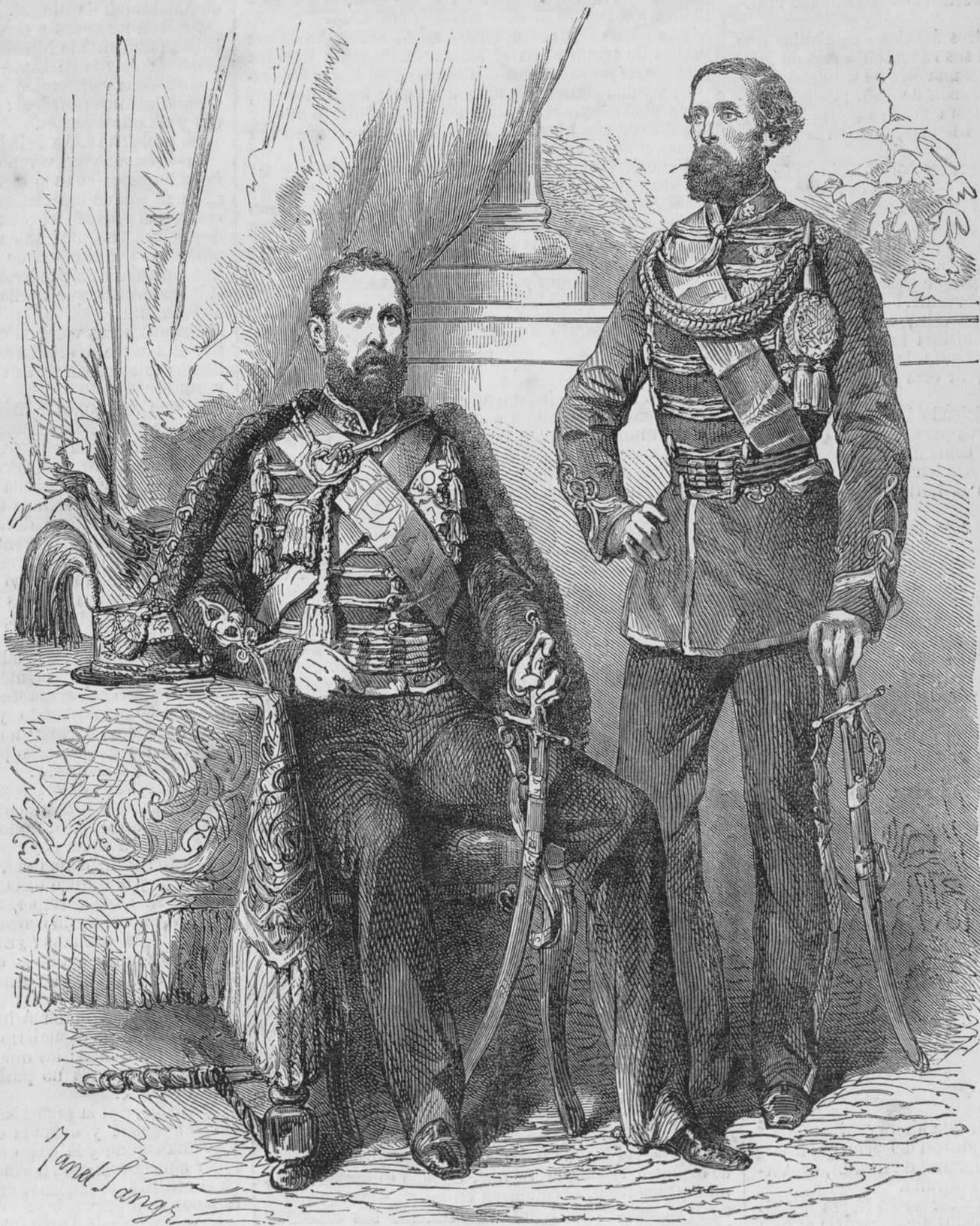
STERRIPA.

Su tierna hija, Angela, que era linda como un ramito de mirtos, y que en su orfandad, el desconsolado padre habia colocado con su otra hermana al lado de su cama, abrió los ojos asustada al segundo toque, y llamando al conde le dijo:

— Padre, tengo frio; he soñado que nuestra madre venia del cementerio á cubrirnos con el paño blanco que le pusiste ayer para enterrarla: padre, han llamado á la puerta y esa es nuestra madre.

Y las dos niñas saltaron de sus camas y se metieron presurosas bajo la cobertura del lecho de su padre, trancadas de frio, asomando luego sus cabecitas llenas de curiosidad.

El conde se estremeció á las palabras de su hija: entonces se volvieron á oír tres golpes en la puerta, que pausadamente vibraron con



S. M. CARLOS XV, REY DE SUECIA Y S. A. R. EL PRINCIPE OSCAR.

eco profundo en las telas del corazon desgarrado del conde Nuño, que se sentó en el lecho, creyendo aquel ruido delirio de su mente afligida.

Pero apenas se habia incorporado, cuando otros tres golpes volvieron á turbar el silencio del antiguo palacio.

— ¡Virgen Santísima! exclamó el conde arrojando al suelo las coberturas de la cama. Hijas de mi corazon, es vuestra madre que viene á buscarnos desde el sepulcro: vamos á abrirle.

Las niñas temblando seguian á su padre, mientras que por misterio extraordinario, la vigilante servidumbre sumida en el sueño, no habia oido la aldaba en las cuatro veces que llamó Sterripa.

VI.

Dieron las tres; e gallo cantó nuevamente; las niñas hicieron la señal de la cruz; el conde descorrió con temblorosa mano el cerrojo y abrió de par en par las puertas del palacio.

El rayo de la luna entró primero, luego Sterripa, débil, moribunda, y sin poder desplegar los labios se echó en los brazos de su marido, quien espantado cayó sin sentido por tierra.

Las niñas rompieron en frenéticos gritos; la servidumbre de palacio entonces se levantó asustada; pero cuando llegaron á la puerta de la calle, ya el guardian del convento de San Francisco y los dos legos levantaban del fri marmol á los esposos, llevándolos caritativamente á su lecho nupcial.

Una hora despues Sterripa recobró el conocimiento: el agua y el alimento restauraron la extrema debilidad de tres dias de hambre y de sed devoradora, en

medio de la parálisis que había enfriado y terranizado su cuerpo.

Cuando el conde don Nuño volvió en sí, al abrir los ojos, se encontró con los ojos negros de Sterripa, que inundados de amorosa ternura lo bendecían.

Después de este suceso Sterripa vivió treinta años; fué heredera de un ilustre nombre y de una fortuna inmensa.

Y porque era una gran cristiana, había hecho mucho bien á los pobres y al altar de la Virgen de San Francisco, Dios la arrancó de la noche del sepulcro, y la salvó del martirio de ser enterrada viva.

EL CACIQUE DE CIBAO.

I.

¡Qué hermosa se levanta la luz! ¡Qué misterioso tiende el crepúsculo su color de oro sobre las nubes agrupadas en el confin del firmamento!

Los ruiseñores anuncian el día; las flores embalsaman el aire; ¡todo sonríe, todo! ¿y yo?... ¡bendito sea Dios que rompe la tenebrosa oscuridad de la noche y tiende de polo á polo el calor vivificante del sol!

Así rompiera su piedad omnipotente las dudas de mi espíritu y la melancolía insondable donde mueren sin abrirse las flores de mi esperanza.

Son las cinco... desde el balcon puedo contar las hojas de los árboles: me abate el aburrimiento; siento una inquietud inexplicable: nadie piensa á mi lado; duermo aun cuanto me rodea. Los pájaros del jardín son mis únicos compañeros, y los saludo con mi pena...

Si estos inocentes animalitos comprendieran los dolores del corazón del hombre, partiría con ellos este desconsuelo sin origen, pero que es el fondo de toda mi vida; este desconsuelo que no tiene lágrimas, que es inflexible, que no me deja nunca, y que á veces creo se reconcentra en mi pecho; y lo toco, y cruzo los brazos, y lo aprieto, y me parece sentirlo ahogándome el corazón.

Con él estoy mirando tres árboles corpulentos que casi tocan á mi cabeza con sus ramas cubiertas de racimos de flores. El vulgo los llama árboles del amor.

La primavera los viste de color de rosa. ¡Dichosos árboles! — ¿Cuántos días durará vuestra gloria? ¿Cuántos minutos esas guirnaldas ligeras, que son la envidia de mis ojos?

¡Ah! pronto caeréis marchitas por el hielo de la noche y por el calor del estío; — pronto os arrastrará el viento de la muerte, — ireis rodando sin amparo al panten de las ilusiones; á sumergiros como todas las ideas del hombre en la tumba insaciable de la materia: en ese necrópolo de ceniza, de oscuridad y de frío, donde se entierra para siempre todo lo que pasó, aguardando sin inquietud el presente y el porvenir.

Esa sola es la verdad de la vida; por eso mi alma se nutre en su recuerdo. ¡Tristísima noche del sepulcro! en tu reino se acaba la hipocresía, la falsedad, el engaño, el interés y la envidia; tú eres lo único grande y solemne...

¡Vosotros me lo estais diciendo á gritos, árboles del amor! no dejéis caer las flores para convencerme; ¡todo debe morir! cuando el sol comienza á levantar su cabeza, estais cubiertos de esas guirnaldas, sarcasmo de la vida; cuando la decline en el horizonte, ¿qué será de ellas?...

¡Comprendo vuestro lenguaje, no quiero meditar en la existencia mirando vuestras ramas color de rosa!

Si pudiérais responderme os preguntaría: — ¿La tierra á donde enclavais vuestras nudosas raíces, se acuerda de los tiempos que pasaron?

Hace medio siglo que vivís llenos de juventud, y que os sembró amorosamente la mano del hombre; pero han pasado trescientos sesenta y dos años, y frente de vosotros, un poco mas allá, en la parte mas elevada del jardín que embalsamais con vuestro perfume, plantó la princesa Elenna Aldobrandi da Rimini, esos dos cipreses gigantescos, que con sus verdes y funerarias ramas, en invierno y verano, llenan de luto y desconsuelo las fuentes y las estatuas que los rodean.

No hay historia escrita, ni queda tradicion, ni nada de este suceso.

La impía mano del tiempo lo ha destruido todo; pero en el centro de los dos cipreses, al pié de sus viejos troncos, bajo sus anejas copas, hay un grupo de Hércules matando el león, y escondida en su base una piedra de mármol negro toscamente grabada. En sus ángulos se ve casi imperceptiblemente esta inscripción:

«Aquí murió el hermano del rey de Cibao: cualquiera que seas, derrama una lágrima á su memoria y ruega á Dios por él, que fué bueno, misericordioso y muy desgraciado.»

Muchas veces he leído con tristeza esa escritura, que es un poema de dolor.

II.

El año de 1497 era el jardín que ahora contemplo extasiado con sus recuerdos, el alcázar del príncipe Carlos Felice, esposo de Elenna Aldobrandi da Rimini, descendiente de casa muy ilustre y soberana.

Semejante en un todo al alcázar de los Reyes Católicos; era la admiración de aquellos tiempos, por el lujo de su arquitectura árabe, de sus riquísimos muebles y

tapicerías, y sobre todo, por los deliciosos parques, bosques y jardines que lo rodeaban, encerrados bajo la potente defensa de sus extendidas murallas, que circuiran mas de media legua de terreno con tan abundoso riego, que asombraban los ojos al salir de los arenales de Madrid, viendo aquel paraíso de delicias, donde habían reunido los príncipes da Rimini cuantas preciosidades pudieron adquirir de los siglos pasados.

Protegidos de los reyes y muy respetados, vivían los dos esposos en compañía de sus tiernos hijitos, que eran la delicia de su vida.

El príncipe Carlos Felice no era hermoso: tenía cuarenta y tres años, un corazón recto, una piedad sin límites, silencioso, dulce en su trato, buen padre, mejor esposo y leal amigo; tenía reconcentrada su felicidad en el alcázar, donde todo el año habitaban Elenna y sus hijos.

Elenna había cumplido veinte y seis años; era alta, envuelta en carnes; su tez revelaba el origen italiano de sus mayores: sus ojos eran negros, pequeños y penetrantes; su nariz aguileña; su boca graciosa, donde asomaban continuamente los blanquísimos dientes, su frente espaciosa y levantada; sus cabellos castaños; sus hombros torneados, breve la cintura, graciosa, esbelta, bien formada, y con unas manos y pies obras maestras de perfección.

Elenna era el tipo ideal de la belleza: melancólica en el fondo del alma, sonreía siempre: trivial al parecer, meditaba profundamente en todas las cosas: cándida como una niña de siete años, sus pensamientos eran severos como los de la vejez.

Hacia resaltar su hermosura con las caprichosas modas de su época; y las sargas de zafiros, los hilos de perlas, las esmeraldas redondas y los collares de carbunclos, al parecer enloquecían aquella naturaleza de ángel que se presentaba siempre deslumbrante y seductora, arrastrando en pos de sí á los genios de la corte y á los mas gañantes y entendidos caballeros.

El príncipe Carlos Felice veía á Elenna rodeada de sus ciegos adoradores; y conociendo á fondo la severa virtud de aquella mujer tan noble, de aquella alma tan sublime y grande, sin celos en el corazón, la abandonaba á los delirios de su vanidad infantil.

Y la buena esposa y la madre tierna regresaba de sus noches de triunfos, en el alcázar de los reyes y en los palacios de los caballeros de Castilla, á su hogar doméstico; y subía contenta y llena de paz al lecho nupcial, immaculado como el nido de las tórtolas del monte, y el calor de sus hijos, las caricias de aquel esposo tan bueno, eran el encanto de su vida.

Elenna acostaba su cabeza y dormía llena de inocencia sonriendo en sus triunfos; y sus labios entonces pronunciaban el nombre para ella santo de su tierno esposo, quien muchas veces enternecido besó su frente bendiciéndola con toda la ternura del corazón.

En esa paz y alegría vivieron los príncipes seis años rodeados de sus hijos y de todos los placeres de la riqueza y de la tranquilidad del ánimo.

III.

Carlos Felice era íntimo amigo de Cristóbal Colon, de aquel genio extraordinario que acababa de descubrir el nuevo mundo, á quien Doña Isabel I había hecho almirante y virrey de las Indias.

Apenas llegó el célebre marino de su segundo viaje, cuando en Cádiz recibió la visita del príncipe Carlos Felice.

Colon debía muy grandes favores á este cumplido caballero; y necesitando volver á las islas americanas, como una especial muestra de cariño y de confianza, dejó á su cuidado, teniéndolo en mucha estima, á uno de los indios que había traído de Haití, y que por su dignidad y origen era acreedor á gran respeto, á pesar de considerarlo como una adquisición de su descubrimiento y conquista, y casi como á un esclavo.

El hombre que entregaba el famoso marino al príncipe su amigo, era hermano del valiente Caonabo, cacique de Haití.

— Guardame, le dijo, este descendiente del rey de Cibao: enséñalo á amar á Dios, y que tu mano endulce las horas de su vida.

El indio alzó los ojos y tomó cariñosamente las manos del caballero; estrechó luego á Colon entre sus brazos, muy desconsolado por no poderlo seguir en el viaje que emprendía de nuevo.

Pocos dias después el príncipe Carlos Felice dejó la corte, llevando á su alcázar de Madrid al hermano de Caonabo.

Las gentes de la villa fijaban los ojos en el salvaje, que era alto, bien formado, triguero de color, cubierto desde la cintura á la rodilla por una red hermosísima de plumas de todos matices, que adornaba la cabeza con un penacho muy espléndido, y que llevaba en el cuello una cadena maciza de oro que pesaba seiscientos castellanos. Melancólico siempre, sin sonreír nunca, severo, taciturno, aunque vivo en la expresión, de tal manera, que sin entreabrir la boca expresaba su cara cuanto pensaba la cabeza y sentía el corazón.

Acompañado del príncipe entró en el alcázar el taciturno Caonabo.

La princesa Elenna rodeada de sus hijos bajó á la sala de armas á recibir al salvaje. Cuando se presentó, los niños, temerosos, se ocultaron en los pliegues del vestido de su madre, asomando tímidamente sus cabecitas angelicales.

Elenna, curiosa, fijó los ojos en el indio, que la miró

doblando ante su hermosa majestad: ambas rodillas, tocando con la cabeza sus pies en señal de profunda admiración y reverencia.

La princesa al ver aquel hombre sintió desaliento en el corazón, y tendiendo sus manos al desgraciado lo levantó de la tierra.

— En este alcázar, hasta que vuelva tu amigo el almirante, haremos felices las horas de tu vida, le dijeron ambos príncipes.

El indio tenía aun entre sus manos las de la princesa: por un momento se nubló su semblante: levantó luego los ojos, dió un suspiro señalando con melancolía el Occidente, bajó la cabeza y rodaron dos lágrimas de sus ojos.

Elenna y sus hijos sintieron la pesadumbre de aquel hombre y dejaron también correr sus lágrimas.

Junto al parque, orillas del alcázar, había un pabellón bañado del sol, rodeado de jazmines y de plantas olorosas. Un poco mas allá un círculo de corpulentas encinas, álamos negros y pinos seculares, y allí dieron hospitalidad los príncipes al indio del nuevo mundo.

— Aquí vivirás contento, le dijo Carlos Felice, porque te rodean todas las comodidades de la civilización.

El indio besó la mano al caballero, y se sentó en un rincón del hospitalario albergue.

IV.

Cayó la noche y el indio ya había abandonado el calor de su morada, para tender de un árbol á otro su ligera hamaca á la claridad de la luna, y al aire libre se quedó dormido; y fué desde aquella hora aquel su lecho, aquel su hogar, y aquel todo su universo.

Y los príncipes amaban á Caonabo porque era dulce y bueno: en su melancolía había una sublimidad divina.

Vivia el salvaje reconcentrado en su bosquecillo de árboles; ni de noche ni de día pisaron sus pies el límite de las murallas del alcázar: sus ojos no conocieron de la corte mas que las flores del jardín y el espeso bosque de Aldobrandi da Rimini.

Pasaron los meses y Colon no volvió de las islas. La tristeza aumentó la hipocondría del salvaje, que ya hablaba la lengua de España, comprendiéndolo todo con una sutileza y discreción admirable.

Su alimento era frugal: se componía de yerbas cocidas y de raíces azadas.

No probaba nunca bebidas espirituosas: dormía poco.

En invierno y en verano su hamaca estaba tendida á la intemperie; cuando el frío era grande echaba sobre ella una piel de oso blanco, regalo de los Reyes Católicos: aquel era todo el calor de su lecho; y sin embargo de ser las islas donde había nacido bañadas del sol y tan abrasadas por el clima de los trópicos, el indio era de una resistencia imponderable para las estaciones y para el dolor mismo, que apenas se pintaba en las arrugas de su frente.

Entraba pocas veces en el alcázar: el príncipe Carlos iba al bosque á saludarlo diariamente: los niños de Elenna lo adoraban: el salvaje solo con ellos era cariñoso y dulce.

Elenna casi nunca le hablaba, pocas veces fijaba en él sus ojos; pero Elenna hacia un año estaba taciturna: el salvaje delante de ella palidecía, reconcentraba todos sus pensamientos, y al ver cruzar á Elena se le llenaban los ojos de lágrimas: si ella se sentaba al lado de la fuente, el indio con la mirada del águila la seguía, y con la ternura del alma que devora todos los martirios de la vida la contemplaba sereno y meditabundo, y Elenna no movía sus ojos temerosos; ¡qué lucha tan terrible!

Aquella noble mujer no coronaba ya su cabeza de flores; no llamaba con sus ardientes ojos á la turba de sus entusiastas adoradores, no rodeaba su cuello de zafiros ni de perlas.

Estaba silenciosa: sus labios sonreían con pesar: había palidecido su semblante; en su corazón había desasosiego: su frente se abrasaba: sus ojos los enrojecía el ardor del entendimiento y sus manos estaban como hielo: Elena no dormía: no era dichosa: las alas del corazón se las había hecho pedazos el ángel del desconsuelo. ¡Pobre Elenna!...

El indio, reservado y sombrío, parecía atormentado por un horrible pensamiento: de su corazón no se escapaba ni un suspiro, nunca levantaba la frente: el sol no salía para aquel hombre infeliz: las flores en vano brotaban: la luz de la luna, el color de las estrellas, el cielo azul y el cántico melancólico del ruiseñor, no consolaban su alma desesperada y tenebrosa que se había plegado, aburrida, sin consuelo y sin esperanza.

¿Qué tenía Caonabo? ¿Eran los recuerdos de la patria? ¿Era la argolla de la esclavitud que le ahogaba? ¿Estaba enfermo? ¿Qué dolor contraía el corazón de la princesa Elenna?...

La madre dijo un día á los tiernos niños: — No vayais al bosque de Caonabo: que el indio no vuelva á besar vuestras frentes: los niños rompieron en sollozos, y en muchas semanas no pusieron el pié en el bosquecillo del cacique.

El salvaje, con la sagacidad del americano, comprendió su ausencia y dobló la cabeza: de flores amarillas hizo una corona y la colgó del árbol á cuyo pié iban á jugar aquellos ángeles hermosos. Y con su flecha grabó en el centro una azucena, un corazón y una débil rama rota por el aire.

Elenna pasó por delante del árbol, fijó en él sus ojos y sintió la pena en sus entrañas.

El indio estaba sentado sobre una piedra esperándola.

sin sosiego; la palidez cubria su semblante, y se veian en sus mejillas los surcos de las ardientes lágrimas.

La pobre Elenna queria alejarse de la vista de aquel infeliz y tambien corrió el llanto de sus ojos, pero la mano del destino la arrastraba á su pesar.

V.

En muchos dias no volvió al bosque, pero mandó á sus hijos, devorada su alma de compasion. El indio, al verlos, los coronó de jazmines y azucenas, estrechándolos contra su corazon: subió á las copas altísimas de los pinos, y sorprendió á las tórtolas en sus nidos, les robó los cándidos polluelos y se los dió á los felices niños, que llenos de alegría, se los ofrecieron á su triste madre.

Elenna se enterneció al ver las avecillas, y no pudo resistir el dolor. — ¡Dios mio, dijo, dadme aliento para luchar con el delirio que me mata!... y estrechó en sus brazos á sus amorosos hijitos, y cubrió de besos las coronas que cubrian sus inocentes cabezas, tejidas por la mano del salvaje: y cada beso de sus labios en las fragantes flores, envenenaba mas y mas el dolor de su existencia.

Y no pudo con el sufrimiento aquella santa mujer: y á la claridad de la luna, salió al jardin: temblando, fué á la orilla de la fuente arrastrada por una fuerza irresistible, llegó al bosque del indio, que estaba sentado pálido y meditabundo.

— Caonabo, le dijo balbuciente.

El indio creyó oír la voz del ángel, y no tuvo aliento para levantar la cabeza.

— Caonabo, volvió á repetir la desventurada Elenna, partido el corazon de pena.

— Bendito sea tu Señor Dios, respondió el indio, empujando sus manos en lágrimas, cayendo de rodillas á sus piés: este pobre salvaje te ama con todo su corazon, porque eres buena como tus hijos, y eres la esposa de mi amigo que ampara mi pesadumbre.

— Te amo, continuó, abrazando con sus besos las manos frias de la infeliz Elenna: no quiero nada de tí, te amo, tú has venido á consolarme... ¡ay! Dios ha querido que nuestros padres no fueran iguales, que tú no descendas de mi raza: que yo, nacido de la sangre de los reyes, sea el esclavo del almirante y el mendigo á quien ampara hoy el alma generosa de tu marido. ¡Cúmplase la voluntad del cielo! Sé buena, le dijo por fin levantándose lleno de profunda agitacion, sé buena, ten misericordia en el alma, que pronto se acabará mi triste vida.

El indio puso, llorando, las manos sobre la cabeza de la princesa Elenna. — El ángel de mi raza te proteja, y Dios santifique tu corazon y bendiga á tus hijos.

Elenna sufría horriblemente: el salvaje la miraba con la grandeza de los reyes: en sus ojos brillaba el genio: su boca pronunció las últimas palabras con la majestad imperiosa de la virtud sublime.

— Adios, volvió á decirle, besando con veneracion castísima su frente: la princesa no podia contener sus lágrimas. — No llores, le repitió de nuevo, no se estremezca tu espíritu: olvida á este pobre indio, y Dios te consolará.

De la cabeza de Elenna cayó la toquilla de encaje que la envolvía; empapada estaba en lágrimas: el indio la recogió del suelo, y Elenna temblando se alejó del bosquecillo.

VI.

Despues, tres dias y tres noches estuvieron cerradas las puertas del alcázar.

El indio no probó agua ni alimento en aquellos tres larguissimos dias: al cuarto, al despuntar la aurora, Caonabo hizo un esfuerzo supremo: comprimió contra el corazon la toquilla de Elenna, regada de sus lágrimas y caliente con los últimos besos de su vida, y espiró bendiciendo aquella piadosa mujer.

El sol se levantaba del horizonte cuando los pajes del alcázar anunciaron á los príncipes que el cacique de Cibao habia muerto. Carlos Felice y Elenna se levantaron presurosos del lecho y corrieron al bosquecillo.

Elenna, moribunda, fijó los ojos en la toquilla que el indio tenía apretada contra el corazon, como si un pensamiento eterno le diera misteriosa fuerza.

Hizo enterrar su cadáver allí donde espiró; hizo grabar sobre la piedra la escritura que han leído con tristeza tantas veces mis ojos.

Elenna plantó esos dos grandes cipreses, que hace trescientos sesenta y dos años que viven. Elenna rogó mucho á Dios por aquella alma tan llena de virtud, de nobleza y de misericordia, y poco tiempo despues, consumida de tristeza, murió tan pura y tan virtuosa como habia vivido siempre.

Desapareció con los años la raza de los príncipes Aldebrandi da Rimini: mas tarde el alcázar fué destruido, los bosques talados; y solo los dos cipreses, la piedra de mármol negro, y la gran estatua de Hércules destrozando al leon, es lo único que queda de esta lamentable historia, que será para siempre la tradicion del indio Caonabo, hermano del valiente cacique de Cibao, marido de la grande y desgraciada reina Anaona.

IZUA.

I.

En una pobre choza, escondida en los suburbios de Arequipa, habitaba Izua en compañía de su madre.

De su madre, á quien habian secado el corazon las desgracias y los desengaños.

La hermosa niña tenia esperanzas; tenia ilusiones, ¡ilusiones y esperanzas que debian desvanecer los años de la vida! los años de la vida, que son la muerte!...

Habia soñado en el paraíso: buscaba en el mundo un alma de fuego, un alma generosa como la suya.

Iba á cumplir diez y ocho años; y aunque tan bella, nadie habia llegado á su puerta.

Una tarde, al esconderse el sol en el horizonte, la vió un caballero llamado Angelo Doria: era descendiente de Andrea Doria y estaba proscrito de la patria.

Debajo las anchas alas de su sombrero le brillaban los ojos que van derechos al corazon revelando la energia de un espíritu valiente.

La doncella lo miró, y desde aquel momento sintió tristeza: ¡tristeza que en las cándidas vírgenes es amor en el alma!...

Angelo dejó en Izua su memoria, como ciertas flores que envenenan el aire que las besa.

Dos dias despues se sentó á la puerta de la tímida doncella, de la tímida doncella que oyó conmovida su voz, que era dulce.

El proscrito meditabundo le dijo con ternura:

— Izua, te amo.

Izua no pudo responder; ¡quién no compadece al que vive en el destierro! Bajó candorosamente los ojos; se puso como el carmin, huyendo luego avergonzada.

Muchos dias duró el suspirar y la lucha; por fin la niña respondió al corazon que la enamoraba.

Aquellas dos almas buenas se juraron amor eterno, ¡amor eterno!... martirio infinito de dudas, de lágrimas

¡Cómo sacude este dulce sentimiento las fibras delicadas donde el dolor latente se desarrolla, consume y agita la materia de la vida!

Angelo tenia virtud, valor, grande inteligencia; pero era pobre; ¡muy pobre!...

La madre de Izua tenia resuelto cambiar por oro la mano de su hija.

La empedernida anciana, entre las garras de la miseria, habia aprendido que solo en los bienes de la fortuna se encontraba la felicidad.

Angustias, hastío, desesperacion, con oro, eran palabras huecas; realidades espantosas á la desnudez y el hambre.

Y por eso, en su desengaño, habia decidido que Izua no se casara sino con un hombre de dinero.

Habia olvidado «que es mas fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de los cielos.»

Y que *si quieres ser perfecto, anda y vende lo que tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo...*

Sin embargo, la vieja ofrecia velas á los santos; no cerraba los ojos sin besar el escapulario, oia misa, se confesaba, estaba siempre en la iglesia. Y con este sistema esperaba salvarse engañándose y creyendo engañar á los santos, como si los santos fueran bobos...

Pero en tratándose de su hija, fuera ó no desgraciada, era irrevocable su resolucion; casarla con un hombre rico ó encerrarla en un convento.

II.

La doncella ignoraba este pensamiento, y un dia que la inquietud le apretaba el alma, llegó á su madre buscando amparo.

— Madre, le dijo, amo al señor Angelo, y el señor Angelo me ama.

— Hija, respondió la anciana, es necesario olvidar á ese desgraciado que vendria á aumentar nuestra miseria...

— Pobres, viviremos felices, dijo temerosamente la hija...

— Primero quiero verte muerta, respondió enfurecida la madre.

La niña se puso pálida; luego inclinó la cabeza y se retiró afligida, llenos los ojos de lágrimas.

La madre conocia el temple de la niña: una semana despues la alejó de Arequipa y trasladó su habitacion á una casita rodeada de árboles, situada en el centro de uno de los valles mas deliciosos de América, á ochenta leguas de la ciudad.

Izua enfermó: la palidez vino á reemplazar el sonrosado de las mejillas; y queria curar el alma: ¡pobrecita! el alma enferma no se cura nunca... así irá acercándose al sepulcro.

Angelo ignoraba su paradero; y tambien era muy infeliz...

Inútilmente el amante buscó á la amada; en vano la niña aguardó al caballero... que aburrido y cansado de buscar, un año despues se alejó de Arequipa.

Entonces la anciana dijo á la moribunda:

— Tu amante te ha olvidado; unido á otra mujer, con ella ha vuelto á su pais natal y luego ha muerto... Izua abrió los ojos sin creer.

— ¡Es verdad lo que me dices? ¿Me lo juras, madre de mi alma?

La madre no tuvo conciencia, ni caridad, y juró tranquila.

— Pues bien, respondió la vírgen, viviré para Dios. La madre inclinó la cabeza.

Ocho dias despues, enferma aun, la pobre hija entró en el convento de Santa Clara: un año mas tarde tomó el velo y profesó, llamándose desde entonces sor Luisa de la Encarnacion.

Oro ó la casa de Dios: la casa de Dios habia abierto las puertas á la víctima.

III.

¡Con qué melancolía fermentan, escondidos en el alma, los recuerdos de la felicidad pasada!...

Cuando los ojos no miran nada; cuando en medio de la luz ó de la sombra están impasibles.

Cuando ni el silencio, ni el ruido, conmueven la materia de la vida; entonces, ¡qué lúgubre y doloroso es el pensamiento, y qué desesperadamente huye del alma, lastimando con sus alas de nieve las fibras rotas del pobre corazon del hombre!...

Izua vivió tres años en esta situacion cruel; siempre abstraída esperando de la infinita misericordia de Dios...

¡Qué surcos habian hecho las angustias en sus delicadas mejillas!...

La religiosa venció en fin el mal espíritu de los recuerdos y hacia en paz oracion... ¡Cómo se vence y acaba todo camino bueno ó malo!

¡No hay nada que acostumbre al cansancio como el cansancio mismo!

— ¡Ay! ¡con la felicidad no se es feliz! ¡Sin el mal, no se conoceria el bien!

Siempre sueña el espíritu un mas allá sonriente y bienhechor; un mas allá, que no llega nunca...

Con la desgracia y el dolor, viene un momento en que no se siente el martirio... un momento, en que tampoco se comprende ese mas allá sin término...

Y por eso ofrece á las almas grandes mas consuelo la tristeza que la alegría.

Bienaventurados los infelices que viven en perpétua agonía: de ellos es siempre la esperanza, y será despues de la peregrinacion pasajera en el mundo, donde la justicia y la injusticia no son sino delirios en el reino de los cielos.

Entrad por la puerta estrecha, porque la ancha y el camino espacioso llevan á la perdicion...

¡Qué angosta es la puerta y qué estrecho el camino que conduce á la vida! ¡Y qué pocos son los que lo hallan!... dice Jesucristo.

Izua, buscando ese camino, habia entrado en el claustro y no sentia ya el dolor, porque el dolor era el alma de su triste vida.

IV.

El convento de Santa Clara ocupaba un terreno inmenso: soberbias galerías, á donde daban las celdas, rodeaban su patio cuadrilátero: por ellas se llegaba á la escalera de mármol que conducia al coro y al jardin.

Del coro se iba á la iglesia por la puerta del comulgatorio, por donde entraban las novicias el dia de la profesion.

El altar mayor estaba adornado de filigranadas celosías de hierro, donde las religiosas asistian á los oficios divinos.

En la mas elevada de estas tribunas, diariamente rogaba sor Luisa de la Encarnacion.

Los fieles conocian su historia y le tenian mucha lástima.

Elegida superiora, las monjas y las novicias la amaban como á su ángel tutelar; á su alrededor todo sonreía; la paz de su alma llenaba de paz el convento...

Era el mes de mayo: la iglesia estaba sembrada de flores, las paredes cubiertas de tapices de seda carmesí; millares de luces derramaban por todas partes mares de claridad; la música estremecía las bóvedas del templo, los fieles hacian oracion, la comunidad cantaba himnos celestiales á la Vírgen.

De par en par estaban abiertas las puertas. La gente entraba y salia en tumulto; resonaban los últimos acentos del *Te Deum*, cuando rompiendo la multitud, se adelantó hasta el altar mayor un hombre alto, canoso, pálido y meditabundo; allí dobló la rodilla y se entregó al ruego.

La funcion se habia acabado: era hora de cerrar, y el lego sacudia su manojo de llaves en señal de despedida.

La superiora se retiraba de su reja cuando fijó los ojos en aquel hombre.

— Vírgen Santísima, gritó espantada.

El que rezaba levantó la cabeza, y al través de la reja vió la figura desencajada de la religiosa, que le tendia las manos suplicantes.

El hombre palideció contemplándola; luego se acercó á la reja y dijo con lamentosa voz:

— ¡Izua de mi vida; te he llorado muerta y acabo de rogar á Dios por tu alma!

La superiora no pudo responder y cayó sin sentido sobre el reclinatorio.

Las monjas se retiraron de la tribuna; Angelo dejó la iglesia como si estuviera loco; el lego despues de isopar la nave mayor con agua bendita para espantar al diablo, que no está sino en el corazon de los que cierran su oído al clamor del desgraciado, cerró temerosamente las puertas y se metió en la sacristía.

V.

La débil luz de una pequeña lámpara disipaba apenas la oscuridad de la celda de sor Luisa de la Encarnacion.

La superiora vestida de su tosco hábito, fijó los ojos en su camándula de gruesas cuentas, apoyaba la cabeza sobre la mano descarnada.

En sus fruncidas cejas, en el brillo siniestro de sus ojos, se pintaba la tempestad que sacudia sus entrañas.

Cerca de ella estaba un anciano observándola silen-

cioso, el médico del convento y el amigo del alma de la superiora.

— Su reverencia está en un gran peligro; voy á llamar á la comunidad.

— No llames á nadie y déjame; el tiempo vuela. Hace tres años que me viste profesar; sabes si desde entonces ha sido grande mi resignacion y penitencia; tú ves la dulzura y justicia con que gobierno esta santa casa; las novicias me llaman la buena madre, y yo tengo en el corazon un dolor que no se acaba nunca. La muerte era mi única esperanza, y antes que llegara he visto á Angelo Doria...

El doctor hizo un movimiento de sorpresa.

— Sí, á Angelo Doria, al amante de mi corazon... mi madre me juró que esposo de otra mujer habia muerto lejos de Arequipa, y por eso tomé el velo: Angelo Doria vive... me engañó mi madre: quiero salir inmediatamente del convento: cada minuto aumenta mi inquietud: cada hora es un siglo: siento que la sangre se agolpa á mi cabeza: necesito el aire libre... estas paredes me ahogan... mañana no quiero ver aquí la luz del dia, no...

— Madre superiora, eso es imposible.

— Imposible, respondió la monja temblorosa de ira, levántanlose con violencia y fijando los ojos inyectados de sangre en la frente del médico, pues antes que alumbre el sol el convento estará reducido á cenizas: mi mano encenderá el fuego, y muriendo entre las llamas acabará este horrible martirio que me consume.

— Cállese su reverencia; por verla feliz daría la sangre de mis venas.

JOSÉ GUELL Y RENTÉ.
(Se continuará.)



LAS ESTACIONES EN LA CAPILLA DE LA VIRGEN EN BEOST (valle de Ossan), cuadro de M. Landelle.

Exposicion de 1861.

M. LANDELLE: *Las estaciones en la capilla de la Virgen* (valle de Ossan). — M. Landelle, mas bien que pintor de género, es retratista; si no que lo digan sus preciosos retratos de Alfredo de Musset, de Mlle Fix, del Teatro Francés, etc. Sin embargo, hace cuadritos de género con mucho talento, como se puede juzgar por su *Capilla de la Virgen* que aquí reproducimos. También ha enviado este año á la Exposicion una pintura que ha excitado vivamente el interés del público: representaba al emperador y á la emperatriz visitando la manufactura de espejos de San Gobain y Chauny. La emperatriz, aconsejada por una obrera, está dando azogue á un espejo. Este recuerdo pertenece á la manufactura de San Gobain. M. Landelle ha expuesto igualmente un asunto religioso: las mujeres de Jerusalem cautivas en Babilonia. — Por mi parte prefiero la *Capilla de la Virgen* en el valle de Ossan.

M. ANASTASI: *La aldea de Willemsoorp á la claridad de la luna*. — M. Anastasi, nacido en Paris y habiendo aprendido con P. Delaroche y M. Corot, ha venido á ser un paisista holandés, pues durante tres exposiciones consecutivas todos sus cuadros tienen la escena en Holanda, y es de advertir que tratamos de unos veinte lienzos, algunos de ellos admirables. En 1855 M. Anastasi expuso una vista de las orillas del Sprée en Berlin, con un magnífico efecto de sol en el ocaso, que obtuvo un buen éxito merecido. Desde esa época el artista no ha decaído; sus obras atestiguan por el contrario el resultado de buenos estudios del natural, es decir, un talento madurado por el trabajo. A. M.



UNA ALDEA EN HOLANDA (efecto de luna), cuadro de M. A. Anastasi.



EMBARQUE DE S. M. EL REY DE SUECIA EN LA RADA DE CHERBURGO, CON DIRECCION A INGLATERRA.

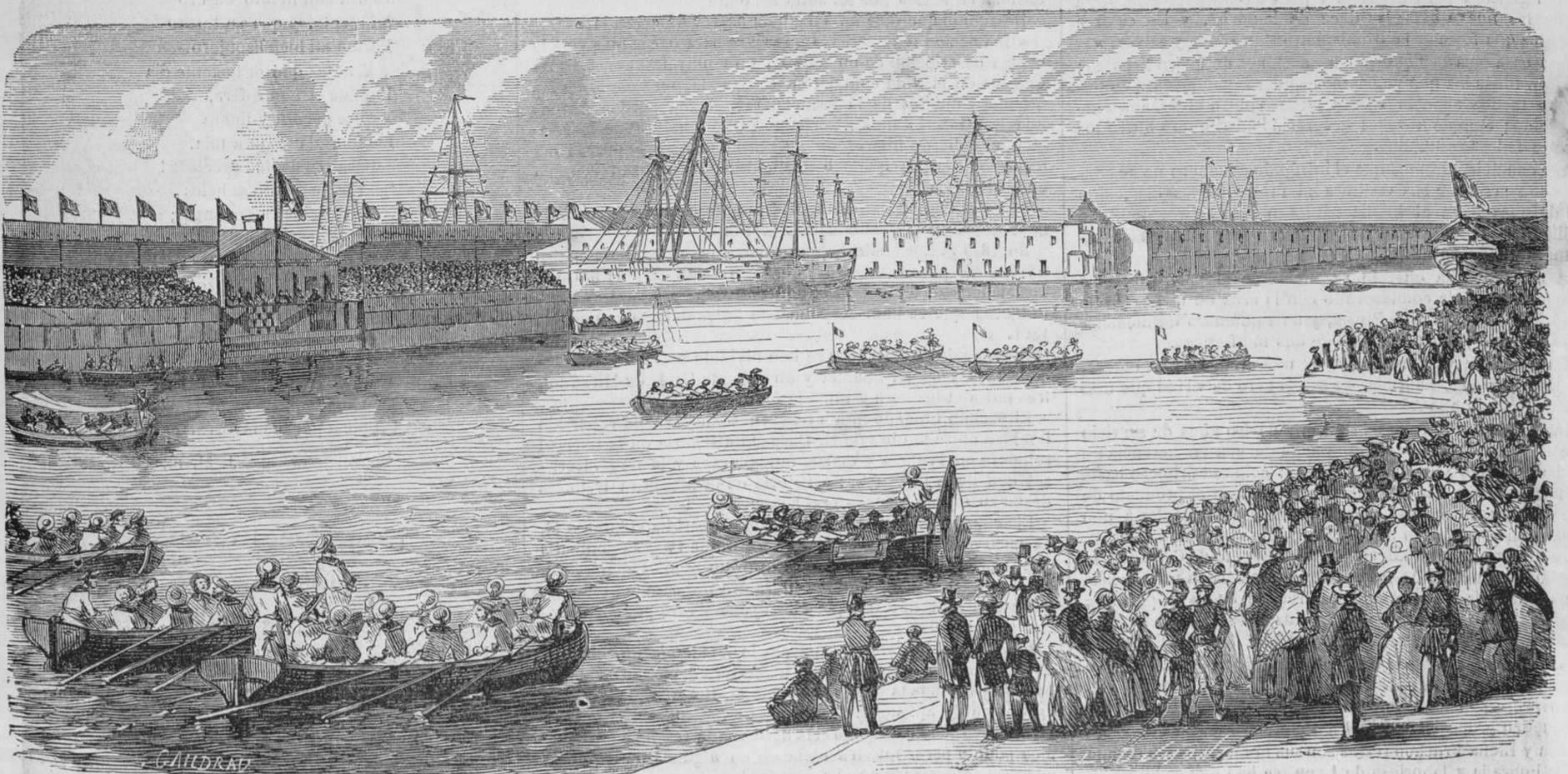
Revista de Paris.

El juéves último la Academia francesa ha celebrado su sesión anual bajo la presidencia del eminente poeta Victor de Laprade, y en esta sesión, ante un auditorio tan numeroso como brillante, ha tenido lugar la proclamación de los premios fundados por Montyon, Gobert y otros para ser repartidos entre los autores de trabajos literarios y artísticos de distintas categorías. Además M. Montyon ha destinado una suma anual á la recompensa de acciones virtuosas, y no es

esta por cierto la fundación de que hace menos aprecio la Academia. Nada mas interesante en verdad que los rasgos de caridad, de arrojo, de abnegación humilde y sencilla que M. de Laprade ha señalado este año á la atención de los académicos como merecedores de la piadosa recompensa instituida por M. de Montyon.

En primer lugar figura el señor Soret, cura de Luzarches en el departamento de Sena y Oise, que desde hace diez y nueve años se ha condenado á vivir pobremente para consagrar su patrimonio y todo el fruto de su trabajo á socorrer y parti-

cularmente á prevenir todas las miserias. Lo primero que hizo fué fundar á su costa una sala de asilo que faltaba en su parroquia, y guiado siempre por su celo solícito hácia los niños, estableció al mismo tiempo un taller dependiente de la escuela comunal, donde los muchachos en las horas de recreo se entregaban á un trabajo productivo, y que era á la vez una preparación del aprendizaje que les esperaba al salir de la escuela. A la edad de doce años dejan este inocente obrador donde han concebido ya la idea de lo que cuesta el ganarse la vida.



REGATAS ORGANIZADAS POR LA MARINA Y EJECUTADAS EN LA DARSENA VIEJA DEL FUERTO DE TOLON por cinco pelotones sucesivos de embarcaciones de la marina imperial, con motivo de la fiesta del 15 de agosto,

En cuanto á las niñas, pasan de esta tarea recreativa á un obrador verdadero, donde además de aprender las diferentes labores de aguja, llegan á ganar muy pronto casi lo suficiente para atender á su propia subsistencia.

Todos estos establecimientos vigilados y dirigidos por el señor Soret, han sido fundados y se sostienen gracias á sus recursos personales. Al entregarse así al alivio de las miserias de la infancia, llamó particularmente su atención la suerte deplorada de las pobres huérfanas, y fundó una casa para ellas, que es sin duda su institución mas importante. En unas tierras que compró en 1831, mandó edificar una casa donde se hallan recogidas cincuenta y seis jóvenes abandonadas en el mundo; en ese refugio reciben la instrucción primaria, y salen de allí en estado de trabajar como jornaleras ó como sirvientas. Siempre que se encuentran enfermas ó sin acomodo, hallan abierto su primer asilo.

Todo cuanto tenia el buen sacerdote ha sido gastado en esos establecimientos que le han venido á costar mas de cincuenta mil francos. Todo cuanto posee lo convierte en dinero para sus pobres, y el regalo mas insignificante se transforma en algo de útil para sus huérfanas.

«Un día, añade M. de Laprade, unas personas pudientes queriendo demostrar su agradecimiento por la instrucción religiosa que habia dado á sus hijos, se avistaron con la anciana sirvienta del pastor para indagar qué es lo que podría ser mas agradable á su amo.

» — No le regaleis nada, respondió la anciana criada, que pueda ser vendido... una idea se me ocurre; lleva una sotana tan vieja que se va á caer en pedazos; pongámosle una nueva en su lugar, no tendrá mas remedio que tomarla, y así andará vestido este invierno.»

Hasta en sus alimentos ahorra, y la mayor parte de los días va á comer la ración ordinaria de sus pobres huérfanas.

Después de relatar detalladamente los rasgos de esta vida toda de abnegación y de caridad del humilde cura párroco de Luzarches, á quien la Academia otorga un premio de tres mil francos, M. de Laprade se extiende en darnos á conocer los rasgos de un heroísmo de otro género, el de un hombre arrojado que expone cien veces su vida por salvar á sus semejantes.

Trátase aquí de Pedro Espagne, brigadier de carabineros en Burdeos, que en diferentes naufragios ha salvado hasta la fecha á diez y ocho personas.

Pedro Espagne vino á ser conocido como la providencia de los naufragos, cuando la pérdida del buque prusiano *Teutonia*. Era una noche sombría de octubre. Espagne que servia de aduanero en una costa del Océano donde las tempestades son frecuentes entre la punta de Grave y Arcachon, se hallaba con licencia en casa de sus parientes á tres leguas del mar, cuando le anunciaron el naufragio del buque susodicho. Dejemos, como M. de Laprade, que hablen aquí los que presenciaron el acto:

«Son las siete de la noche cuando llega á su conocimiento la noticia. Espagne echa á correr al punto sin escuchar las súplicas de su familia que no quiere que salga, y llega al teatro del siniestro á eso de las nueve en medio de una noche espantosa. El intrépido capitán de aduanas Tripotat se presenta al mismo tiempo, y estos dos hombres resuelven emprender el salvamento inmediatamente, pues los naufragos perecerán sin remedio si se espera al amanecer. Entrambos se arrojan al mar, y durante cerca de media hora luchan contra las olas sin poder asir el cable que les envían los naufragos. Espagne le coge al fin, y los infelices marineros pueden así llegar á tierra guiados por el capitán y el brigadier que nadan en torno del buque. Espagne tiene á un grumete y trata de llegar con él á la orilla, pero las olas les arrastran en un torbellino; van á perecer, cuando el capitán logra sacarlos á tierra. Esta escena tan terrible, pero al mismo tiempo tan gloriosa para Espagne y para su intrépido jefe, dura desde las nueve hasta las doce de la noche, y los catorce hombres que forman la tripulación están sanos y salvos.»

Esta es la mas brillante de las acciones de Pedro Espagne; pero en todas las que podríamos contar seguidamente no demostró menos audacia en sus luchas contra el Océano embravecido; aunque á veces desgraciadamente no obtuvo los mismos felices resultados.

Para concluir, diremos que el intrépido aduanero no se contenta con arrancar sus víctimas al furor de las olas, sino que después lleva al infeliz naufrago á su retiro, donde le prodiga los primeros cuidados, para lo cual sostiene á su costa una pequeña farmacia.

La Academia ha querido recompensar al valeroso Pedro Espagne, que está condecorado con la cruz de la Legión de Honor, el Águila roja de Prusia, y un sinnúmero de medallas de salvamento, con un premio de dos mil francos.

María Grohan y Ana Lahousse, una criada y una obrera, son tipos, dice M. Laprade, de ese género de virtud que mas á menudo premia la Academia.

María Grohan, al cabo de treinta y cuatro años de servicio en casa de la misma persona, recibe de ella en herencia un sobrino enfermo y dos niños pobres; cuida al primero hasta su muerte y alimenta á las dos criaturas con el producto de su trabajo, vendiendo todo cuanto posee á fin de dar á uno de ellos una profesión liberal, en tanto que Ana Lahousse, pobre obrera de Mezdion en el departamento de Calvados, se constituye en madre de los huérfanos, se hace la providencia de los enfermos sin recursos, que recoge en su propia casa, y todo esto á la edad de sesenta y dos años.

Cada una de ellas ha recibido un premio de dos mil francos. Dos hermanas, jóvenes aun, han obtenido el tercer premio de mil francos por una obra de beneficencia que han emprendido y prosiguen hace doce años, sin otros recursos que los que pueden proporcionarse dando lecciones de música.

Luisa y Elena Fruchon (estos son sus nombres) hijas de una familia honrada y laboriosa de Lyon, se han dedicado á educar é instruir niñas ciegas, y por término medio se puede fijar en una docena el número de las criaturas privadas de la luz

que reciben anualmente en su casa el pan de cada día, la educación religiosa y la enseñanza primaria.

La madre de las jóvenes institutrices se encarga de vigilarlas mientras ellas van á dar sus lecciones, y el padre que tiene el oficio de mecánico contribuye á las pesadas cargas que ha impuesto á la familia este establecimiento caritativo.

«Los resultados obtenidos por Luisa y Elena, dice M. de Laprade, en esta educación de niñas ciegas, son notabilísimos. En su casa se pueden ver varias cieguecitas de seis á ocho años, mas adelantadas en todo lo concerniente á la instrucción primaria, inclusa la escritura en las condiciones en que es posible tratándose de ciegos, que muchas de diez años en las escuelas ordinarias. Pero lo que entenece y seduce principalmente son las pruebas de la perfecta educación moral que esas niñas reciben. Sorprende la sagacidad de sus contestaciones, y conmueve no observar en ellas ningun indicio de la tristeza que parece inherente á su desgracia.»

La fama de este establecimiento se ha extendido, y el ejemplo se va á seguir en otras ciudades.

La Academia ha concedido después veinte medallas de 300 francos á diferentes personas en premio de acciones de virtud á cual mas meritorias.

El espacio que hemos consagrado al análisis del discurso de M. de Laprade en su parte narrativa de los hechos que han motivado las recompensas académicas, apenas nos deja lugar para ocuparnos del informe leído por el elocuente secretario perpétuo M. Villemain sobre las obras que la docta corporación ha juzgado este año dignas de premio. Sin embargo, rápidamente le analizaremos tambien, á fin de completar esta reseña de la sesión del juéves.

El primer premio de los fundados por M. Montyon (3 000 francos) para las «obras útiles á las costumbres» ha sido otorgado á M. Carlos Leveque por sus dos tomos sobre la *Ciencia de lo Bello* estudiada en sus principios, en sus aplicaciones y en su historia.

«Antiguo alumno de la escuela francesa de Atenas, dice M. Villemain, encargado de un curso de filosofía en el colegio de Francia, el hombre joven aun que ha meditado este trabajo, sabe la antigüedad clásica, la poesía de los griegos y todas las edades de su filosofía, como ha contemplado los monumentos de su arquitectura; y á esta ciencia, al gusto de las grandes literaturas modernas, reune tambien el delicado instinto y la fácil práctica de las artes. Es músico como es erudito. Preparado de este modo, con los ojos y el alma embebidos en los horizontes y las obras maestras de la Italia y de la Grecia, discípulo de Platon y sabio apreciador del neoplatonismo y de la estética alemana, M. Leveque ha escrito para nuestra época la *Ciencia de lo Bello*.»

Dado á como er el hombre, M. Villemain examina la obra que por diversos títulos, por la imparcialidad y la sagacidad en la crítica, por la erudición, por el modo de conciliar ó completar los principios de Platon y de Aristóteles, ha merecido el primer premio.

Dos medallas de dos mil quinientos francos cada una han sido concedidas, la primera á M. Meziere por su libro titulado: «Shakespeare, sus obras y sus críticos,» y la segunda á M. Boudrillart por su trabajo: «De las relaciones de la moral y de la economía política.»

El premio de dos mil francos ha recaído en un poema escrito en dialecto provenzal y titulado «Mireio» por M. Federico Mistral, obra importante en verdad, pues lo es de un gran poeta que se ha revelado de repente con esta piadosa y patética composición, digna de ser traducida en todos los idiomas.

Cinco medallas de igual valor han merecido distintas obras: «Fragmentos sobre el arte y la filosofía» por M. Tonnellé; «Gazida» por M. Marmier; «les Rustiques» poesías de M. Maiguen; «la Comedia infantil» por M. L. Ratisbonne, y «la Caridad en Paris» por M. Julio Lecomte.

Hé aquí lo que dice M. Villemain acerca de «Gazida.»

«Una ficción muy sencilla que sirve para hacer mas viva la exacta descripción de un pais lejano y muy francés, algunas escenas de la vida colonial en el Canadá, en tiempo de los grandes tumultos de la Francia, recomendaban á la Academia la «Gazida» de M. Marmier. El tono natural de la relación, el delicado interés de los sentimientos y la pureza del estilo son méritos que debe distinguir para el buen ejemplo en las letras.»

«La Caridad en Paris» de M. Lecomte es una colección de noticias prácticas y de consejos morales.

En 1859 la Academia habia propuesto un premio de cuatro mil francos para la mejor traducción de una obra de filosofía moral perteneciente á la antigüedad ó á las literaturas extranjeras que se hubiese publicado antes del 1º de enero de 1861.

Estos cuatro mil francos se han dividido entre dos traducciones, una de M. Bouillet y otra de M. L. J. de Mirandol, tres mil á la primera y mil á la última.

El premio fundado por el baron Gobert se ha repartido tambien entre la obra de M. Dargaud «Historia de la libertad religiosa en Francia y de sus fundadores» y la de M. Geruzet que lleva por título: «Historia de la literatura francesa desde su origen hasta la revolución.»

El segundo premio de la fundación Gobert ha sido para M. de Lacombe por su trabajo sobre «Enrique IV y su política.»

Los premios fundados por M. Bordin y M. Lambert han recaído en dos historias de la literatura francesa en diferentes épocas, escritas una por M. Sayous y otra por M. Federico Godefroy.

Finalmente, habiendo propuesto la Academia un concurso de poesía sobre este asunto: «La abertura del istmo de Suez,» ha sido coronada la composición de M. Bornier que fué leída por el autor y aplaudida ardientemente.

En el estrecho cuadro de esta descarnada reseña apenas hemos podido parar nuestra atención en algunas de las obras que mas se destacan en el conjunto de este gran movimiento literario, histórico y filosófico de la Francia que con tanta maestría ha sabido poner en evidencia M. Villemain; pero

ella probará al menos lo que sobre todo deseábamos hacer notar aquí, y es que en esta gran nación todo trabajo útil así como toda acción virtuosa obtiene una justísima recompensa.

MARIANO URRABIETA.

Plegaria á la noche.

TRADUCCION LIBRE DE MILLEVOYE.

Noche velada, ar acible,
Del luciente dia hermana,
Tranquila, dulce, lozana,
Sigilosa, indefinible:

El balsámico reposo
Derramas, y tus estrellas
Claras, brillantes y bellas
Forman tu séquito hermoso.

Ornan tus sienes pasivas
Y gratas adormideras,
Y tus horas placenteras
Corren risueñas y activas.

Entre las frondas y flores
Que con tu aliento se mecen,
Mis sentidos se adormecen
Y sueño blandos amores.

¡Oh noche! sufre amorosa
Que los ecos de mi lira
Que con tu halago respira,
Turbe tu paz deliciosa.

Yo ví el disco matutino
Entre celajes, rosado,
Y el sol hermoso elevado
En el cenit peregrino:

Mas descendió majestoso
Y te cedió su almo asiento,
Y todo su firmamento
A tu sosiego precioso.

Todo duerme, y al fulgor
De una antorcha mustia y triste,
Mi musa festiva insiste
En ofrecerte su amor.

Tus misterios yo no imploro
Atrevido ni afanoso
Para robar cauteloso
A una madre su tesoro;

A la hija candorosa
Prenda de su corazón,
Que reanima su razón
Y la acaricia amorosa.

Ni con menguado deseo
Sigo por torpe camino,
Y mi osado rumbo inclino
Turbando aieno himeneo.

Mis votos ¡noche sagrada!
Son puros cual tu sosiego,
Y á tí dirijo mi ruego
Y mi súplica animada.

Haz que un sueño placentero
Cubra con manto de oro
Mi mente, y que su tesoro
Forme mi bien lisonjero.

Y antes que el luciente dia
Ilumine la alta esfera,
Venga gozosa y ligera
La adorada prenda mia.

Para tí ¡deidad preciosa!
Será mi ardoroso anhelo:
Noche, dame tu consuelo;
Dame tu paz silenciosa.

Del manso arroyo en la orilla
Uniré al mirto gracioso
El lirio ufano y precioso,
De los prados maravilla.

Y un altar pondré entre flores,
Y en él brillará constante
Tu sombra ¡oh noche! al amante
Propicia por tus favores.

J. M. DE ARRABIDE.

Excursiones veraniegas.

PORTUGALETE (España).

A JUAN GARCIA.

Hermosos son en verdad los dias del estío en nuestras costas cántabras, cuando el Nordeste despeja el cielo y adorna con fugitivas guirnalda de espuma la azulada superficie del mar. ¿Quién no aspira entonces con delicia esa fresca brisa que llega á orear amorosamente la frente enardecida? ¿Quién desoye la misteriosa voz que tan insinuante llama al deseo desde los inciertos límites del horizonte, mas allá de los cuales busca la fantasía esa region prometida de la esperanza hácia la que con-

tantes nos dirigimos, sin llegar á ella nunca? Y si esta belleza del mar, del cielo y de la brisa te distrae y te seduce en medio de los entusiastas festejos que ofrece á su reina la rica y animada capital de la Montaña, con qué completo abandono cederán á su atractivo los que vienen á descansar un momento de su peregrinación, en este tranquilo seno de la costa donde el Nervion rinde al mar su corriente; sobre todo cuando dulces memorias de la infancia hacen interesantes y queridos los mas humildes lugares. Tal vez en aquellos dias, ya lejanos, en que la imaginación penetraba con fe en el porvenir, se le consagró una atención indiferente, como á objetos que no volverían á interesarnos en nuestra jornada; y ahora se vuelve á ellos con emoción y alegría, como al cariño de antiguos amigos que pudieran devolvernos las risueñas esperanzas que nos sonrieron á su lado.

Pero si hay quien se complace en volver hácia atrás en su camino, no todos son del mismo gusto, y buena prueba de ello es el adelanto que se advierte en la villa de Portugalete. Remotos parecen ya aquellos tiempos en que para recorrer las dos leguas que la separan de Bilbao, era el único medio establecido una *carroza*, lancha cubierta que empleaba tres horas en la travesía del río, si la marea y el viento contrarios, y las repetidas estaciones de los que tiraban de la sirga, para tomar aliento y una copa, no alargaban aun mas el viaje; tolo lo cual no le impedía lucir con letras gordas su nombre de *el relámpago ó la veloz*, que hacia sonreír á los mismos meridionales. Un dia de campo, ó mejor, un dia de agua á Portugalete, era entonces cosa muy divertida. Se embarcaba uno á las ocho de la mañana en el muelle del Arenal, despues de haber madrugado para oír misa, porque entonces estas expediciones se hacian siempre en dia de fiesta: ahora á fuerza de adelantar vamos acabando con la alegría del domingo. Faltaba poco para rayar el medio dia cuando se llegaba al deseado término: con toda la furia del sol se iba á la *punta del muelle*, y allí, pasando el pañuelo por la frente, y entre sorbo y sorbo de brisa se repetían las palabras sacramentales: «¡Oh! ¡el mar! ¡el mar!»

Habia que interrumpir el entusiasmo para ir á comer y precipitar la comida en su momento mas sabroso para volver á tiempo á la fatal *carroza*. Gracias si quedaban á los expedicionarios ánimo y afición para disfrutar del variado espectáculo que ofrecen las pintorescas orillas del río, ó si, á falta de tan poética contemplación, el monótono resbalar de la lancha les proporcionaba un apacible sueño. Es verdad que habia algo de filosófico en ese viaje por su semejanza con el de la vida, que se pasa en acercarnos y alejarnos de los objetos del deseo, siendo tan breve y menguado el momento de su posesión.

En aquel entonces no habia *casetas* en la playa. Oculaban las damas sus cambios de traje en las concavidades de las rocas, lo cual era ciertamente muy original y caprichoso, pero tambien muy ocasionado á incidentes grotescos. Arreglábanse los caballeros como Dios les daba á entender, y era en general tan primitivo el procedimiento del remojo, que no faltó materia a festivo *fray Gerundio* para reírse y hacer reír á nuestra costa. Los dados á la comodidad quejábanse de las fondas, ó mejor dicho, de que no las habia; baile, solo se conocia el de tamboril en la plaza, y en fin, preciso es confesar que estaba algo atrasada la civilización de estos baños.

¡Qué diferencia hoy! Van *omnibus* y vienen *omnibus* por los caminos que se han abierto en las dos riberas del río, — *rive droite et rive gauche*, como en Paris. — No se desdennan en seguir sus pasos las elegantes carretelas: trotan por esos muelles los bridones, que da gusto verlos: parece que el padre Neptuno manda á las brisas que acaricien sus flotantes crines, como diciendo: «¡Bien, hijos míos, bien!» Y en fin, ahí está ese vapor valiente, orgullo y animación de estas márgenes, que sube y baja infatigable por el río, humea, silba, se revuelve y agita sus paletas con arrogante estrépito. Su gloria ha eclipsado la de su predecesor: ¡pobre *Ibaizabal!* ¿Quién se acuerda ya de él, si le han olvidado los muchachos, que se burlaban de su verde vejez dándole el popular apodo de *Manusar*, y le olvidan tambien — ¡ingratos! — los que quizás han seguido, sentados en su popa, un animado diálogo, en esa ora tranquila en que los árboles de la orilla se dibujan oscuros sobre el resplandor del ocaso, y brilla entre sus ramas, como la fruta maravillosa de un jardín encantado, el lucero precursor de la noche? Barado le hemos visto en un ángulo apartado del río, abandonado sin decoro, naufrago dentro del puerto, el mas triste de los naufragios, y su ruina nos ha oprimido el corazón. ¿Dónde están el bullicioso rumor de las ruedas, los gallardetes que alegres tremolaban, los blancos vestidos de las bellezas que se agrupaban debajo de su toldo como una corona de flores? ¡Pobre *Ibaizabal!* Tan largo y tan verde, tendido en la fangosa orilla, parecia un inmenso salta prados mutilado por el capricho cruel de un niño.

Para el *Nervion*, vapor-pollo, lleno de vida y de esperanzas, son ahora aquellos triunfos. Ahí llega doblando con gracia la *punta de la Venerita*: ¡cuánta gente sobre los tambores, cuánta bajo la lona que sacude el viento! Salen los bañistas á los balcones, pues verle llegar es una de nuestras diversiones favoritas: se apuntan los anteojos, crúzanse las miradas: «allí viene,» murmura alguien en tierra; «allí está,» responde á bordo un corazón contento. Apenas el vapor se acerca al muelle, obedeciendo perezosamente á las precipitadas voces de mando del patron, saltan con gallarda agilidad los mas impacientes, y luego establecido sólidamente el paso, la muchedumbre de pasajero desfila. Entonces es de ver

cómo las *bañeras*, que están divididas en bandos rivales, tratan de conseguir á viva fuerza parroquianos. «Este es de los nuestros,» grita la una abrazándose, quieras ó no, á un paciente. «La señorita se bañará conmigo, porque yo la bañaba de niña,» y la señorita viene ya señora con cuatro hijos. «No, señor, á mí me toca, chilla gesticulando la otra, que yo baño á la prima de su cuñaca.» A todo esto los paseantes se alejan y los que vienen á baños hacen por reunir su equipaje. Esta señora busca, como Colon, *su mundo*; mientras pregunta la otra á su marido, que va, viene, inquiere y se impacienta: «¿Tienes tú la llave del otro mundo?»

¡Cuántos preparativos para quince dias de baños! Trae este libros, mucho papel y decididas intenciones de escribir *algo*; aquel, escopeta, instrumentos de pesca y repuesto de paciencia; el otro, baston de *tourista*, traje de caminante con varias expediciones en proyecto; y el mas cuerdo se contenta con traer camisas y pañuelos de dientes, porque aquí (sea dicho sin intención) es muy repetida la mudanza, y la única y verdadera ocupación, comer. Blanco volverá el papel que el deseo emborronaba con tan bellas cosas; el baston de paseo, que tal vez lleva escritos nombres de excursiones famosas, solo habrá servido para escribir en la arena algun versito sentimental, que el salitre reblandece el corazón de un modo prodigioso; y el cazador se dará por contento si despues de andar toda una mañana, asaeteado por Febo, ha visto una codorniz en las playas de Lamiaico, antes estéril arenal y mañana tierra de labor y bosque tal vez, gracias á inteligentes esfuerzos.

Pero ¿quién hace aquí otra cosa que ir á la playa y volver de la playa, aspirar en ella la brisa marina, buscar caracolos y dejar que la mirada vague por el abierto horizonte, ó se detenga complacida en los grupos caprichosos que forman al pié de las rocas ó á la sombra de las casetas las bellas bañistas? Allí los veos flotantes, los sombreros bajo cuyas alas brilla tan seductora la mirada, los trajes á la marinera — ¡quién fuera contramaestre! — los juegos de prendas y las prendas de veras, los coloquios discretos, las amistades de temporada, las confianzas que se abandonan al viento como la vela del pescador, y el fuego de unos ojos, fero engañoso que atrae á los escollos en vez de alejar de ellos, y hace exclamar al naufrago desventurado:

¡Ay de la pobre barca
Que en lágrimas se ahoga!

Y es de ver la importancia que nos damos en la playa los que hemos tomado mas de veinte baños: con qué aire de protección acogemos á los recién llegados, y les aconsejamos la mejor hora de chapuzarse y el modo y el sitio, y reclamamos reformas. Los que sufren persecución del apetito se quejan de que no haya medio de tomar su chocolate ó su café en la playa; y aquellos que están, antes de todo, por lo seguro, dicen que es preciso completar la mejora de las casetas y cuerdas, poniendo á mano salva-vidas y un bote siempre pronto al socorro. Pero esto, á mi entender, no es tan urgente, mientras haya bañeros decididos que pesquen á las nadadoras asustadas, aunque no la cruz de beneficencia; y bañistas heróicos que se expongan á mojarse los calcetines para recibir en la orilla á una bella á quien ha desconcertado un sorbo de agua salada.

Las primeras horas de la tarde se dedican generalmente al descanso, si es que no se baja al muelle á saborear el café, disfrutando á un tiempo de su aroma, de la conversacion de sus amigos, de las aceras y la vista del mar. Despues, cuando el sol, descendiendo en su carrera, embellece al paisaje con su luz oblicua, terminada la despedida de los que se vuelven en el vapor, los que no han emprendido mas largas expediciones se dirigen á la *punta del muelle*, estancia deliciosa que tiene el atractivo de un buque anclado en medio del mar, sin los inconvenientes harto conocidos del balance de las olas.

Allí está el veterano *práctico*, que perdió sus brazos en el servicio de la patria, indicando con su bandera roja el canal de la *barra* á los buques que se dirigen al puerto: noble bandera que luciendo airosa sobre el azul del cielo su color de guerra, es amistosa enseña de paz. Debajo de sus pliegues se agrupan estos valientes marineros que combaten contra el mar embravecido y el vendabal furioso para salvar, exponiendo sus vidas, á sus compañeros en peligro. «Bien venidas seas, parece decir esa bandera, naves amigas, que nos traeis la abundancia y la riqueza; cualquiera que sea vuestro pabellon, con afecto os saludo brindando á vuestra proa fatigada el abrigo del puerto. La misma brisa, aliento del cielo, nos acaricia y hermanas somos ya, que nuestra vista despierta los mismos generosos sentimientos en los hombres de buena voluntad.» Y las naves tendiendo sus alas al viento, ahí vienen, llegan, pasan rápidas meciéndose con airosa gallardía. Tienes razon: ¿qué poesía hay en la vela! El buque que por ella se mueve es un ser animado: languidece cuando decae el viento, como el alma que pierde su inspiración; cuando él le impele, erguido, alborozado avanza. Un vapor no es mas que una máquina: ¿qué es la marcha sin la variada animación del paso? ¿qué el vuelo sin el batir de las alas?

El sol, que se ha ocultado detrás del Pico Sarantes, ilumina aun las escarpadas rocas blanquecinas de la Galea y las diseminadas casas de Algorta, que separadas por grupos de árboles, parece que bajan en dos hileras á su reducido puerto de lanchas. La sombra creciente envuelve ya la ladera en que se esconde el modesto santuario de la *Virgen del mar*, devoción de los

marineros, invocación poética que inspira mas de una plegaria sencilla y fervorosa. La espuma de las rompientes contrasta con el verde cada vez mas oscuro de las olas; su sorlo rumor se hace mas perceptible á medida que callan las voces del dia. Ya brilla con purísimo destello sobre la purpúrea luz del ocaso la estrella de la tarde, y se diria que el último rayo del sol ha encendido el faro que domina al ceñudo promontorio.

Es la hora en que un amigo nuestro se tiende solitario sobre el césped de la costa, y entregándose con toda su alma al misterioso encanto del crepúsculo, siente, en su inquieto, indefinido deseo, no poder seguir al sol que se oculta, á las ondas, las brisas y las aves que se retiran hácia una region apartada. Piensa entonces en algunos antiguos amigos de estas orillas, héroes desconocidos que empleaban para lograr el pan de su alimento tantos esfuerzos y constancia como bastan, en otros mas afortunados, para ilustrar su nombre. El viejo *Iramátegui*, alto, de rostro atezado y barba blanca, cuyos ojos azules tenían ya la vaga tijeza de un dios marino. Siempre solo y silencioso se confiaba en su endeble canoa á las olas sombrías, que parecían conocerle y respetarle. Cuando llegaba el invierno establecía su nido de gavilan marino en una roca, y sus aparejos le daban la presa que ya el remo no podia ir á buscar.

Tampoco olvidarán á *Nazarío*, pobre marinero impedido, los que con él han seguido por el Abra los juegos de la vela en las tardes serenas de agosto. En una noche borrascosa de invierno el mar echó á las peñas la lancha que él guardaba con un muchacho. Pudo este, ágil y desembarazado, trepar por ellas y correr á pedir auxilio á sus compañeros; pero *Nazarío*, que no podia valerse de sus brazos, quedó expuesto á las olas y la lluvia helada sobre una roca, en derredor de la cual rugía furiosa la tormenta: ¡qué lenta y terrible debió ser su agonía! Cuando llegaron á salvarle, estaba ya delirante, casi sin vida, agarrado con manos crispadas á las puntas que las desgarraban. El pobre muchacho no se cuidaba de sí en su delirio; atormentábase la pérdida que sufría su patron y murió repitiendo: «¡la lancha, la lancha!» El olvido pesa sobre su tumba ignorada: solo algun amigo de breves dias le recuerda con tristeza.

El río ofrece á esta hora la imagen tranquila de un lago. Brilla la luna como una podadera de plata sobre la cresta brumosa de los montes, y su luz se refleja y se quiebra en el agua. Las estrellas errantes resbalan por el trasparente firmamento cual espléndido fuego de artificios, y en el fondo oscuro de las riberas resplandecen como luciérnagas algunas lucecitas esparcidas. Un bote se adelanta lentamente: su bandera se pliega desmayada, y al perezoso batir de los remos resplandece el fosforescente capricho de las ondas. Una voz armoniosa interrumpe el silencio: es una jóven madre, una musa cristiana, en cuya hermosa frente brillan la bondad y el talento, que dice á sus amigos las dulcísimas palabras que le ha inspirado el amor á su hijo.

El resto de la noche se pasa entre la contemplación de la *punta del muelle*, á la que todo fiel bañista está obligado á hacer al cabo de la jornada cuatro ó cinco visitas; la conversacion y el paseo en la plaza, y los *laneros* del ayuntamiento, milicia danzante en la que todos hemos sentado plaza de voluntarios.

Pero ¿quién, todavía antes de retirarse, no abre su ventana y dice un lento adiós á la bellísima noche? ¡Qué apacible tranquilidad! ¡Qué silenciosa calma! Solo se oye la acompasada boga de la lancha que remolca á un buque fuera del puerto: muévense los remos siguiendo el monótono canto de un muchacho, canto lleno de esa vaga melancolía que afeccionan los marineros. El farol de á bordo, como un astro que se distingue de las estrellas por su brillo rojizo y su movimiento, se adelanta pausadamente atraído por la luz que ha encendido el piloto de la *barra*.

Es la hora en que la meditación y el recuerdo descendien silenciosos á nuestro lado. Entonces se piensa tal vez en un hogar amigo, en sus perfumadas violetas, en la sombra rumorosa de sus álamos; y desde el fondo del corazón se le dirige aquella súplica de uno de los *bohemos*:

Mi nombre á Dios en tu oración envía:
Dios velará por mí.

ADOLFO.

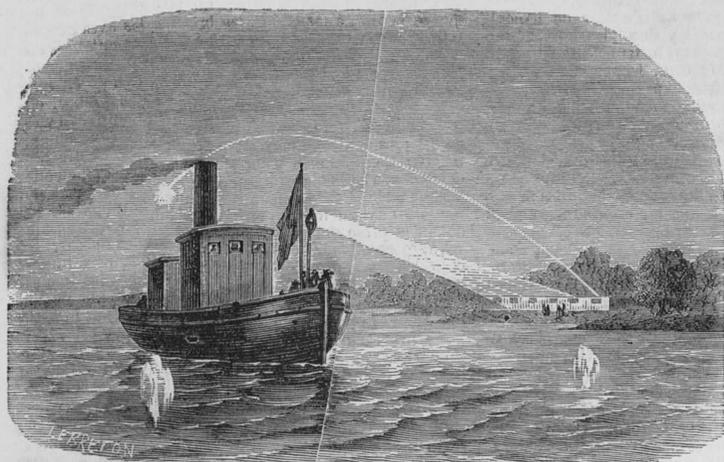
14 de agosto de 1861.

Sucesos de América.

Hé aquí nuevos dibujos recibidos de Nueva York y relativos á los sucesos que tienen en guerra á la Union americana desde hace algunos meses. El que representa la batalla de Bull's Run está sacado al fin de la batalla por un oficial del ejército federal en el momento en que las tropas sobrecogidas de un terror pánico toman la fuga en toda la línea á pesar de los esfuerzos de sus oficiales para contenerlas. Parécenos oportuno dar aquí algunos pormenores sobre esa jornada tan desastrosa para los federales. En medio de las noticias contradictorias que ha dado la prensa americana á guisa de explicación de la batalla, lo que resulta cierto es que la derrota del cuerpo de ejército de Mac-Dowell fué completa. Toda su artillería, que estaba mal montada, cayó en poder de sus contrarios. Las diversas versiones calculan una en 1,000 hombres, otra en 2,000 y una tercera en 4,000 la pérdida de los federales. Cítanse hasta ahora de su parte los nombres de cuatro coroneles muertos y ocho coroneles heridos.

Por lo demás, los federales han hecho prodigios de valor, y Mac-Dowell se ha multiplicado. La batalla, empeñada entre cuatro y seis de la mañana, no la perdieron hasta las cinco de la tarde. A las dos la tenían ganada, cuando Beauregard, el general de los separatistas, que según se dice había pedido capitulación, se vio reforzado con el cuerpo de ejército de Johnston. Es de advertir que solo el cuerpo de ejército de Mac-Dowell tomó parte en la acción. Las causas de su derrota parece que deben buscarse en la negligencia, en los detalles,

bles, y su ejército observaba la mayor parte de las reglas que constituyen la disciplina europea. Además el Norte, que conserva intactos todavía los regimientos que Mac-Dellan condujo á la victoria, aprendió por su desgracia misma que la guerra es la guerra, que esta tiene sus leyes y que no debe ser un espectáculo de aficionados. Parece en efecto, y esto pinta de una pluma, además de un considerable número de criados y de bagajes, millares de curiosos, que de las ciudades, aldeas y caseríos inmediatos habían acudido á las orillas del Bull's-Run para presenciar allí la batalla que se preparaba. Esa muchedumbre sin armas fué la que se aturdió y sembró el pánico cuando se esparció la noticia de la llegada de Johnston. Si se pregunta ahora cuál podrá ser el resultado político de la batalla de Manassas Junction, la derrota del Norte no parece que haga hasta ahora mas que aumentar su exasperación. Los dos partidos continúan además combatiéndose por actos oficiales, tanto como



RECONOCIMIENTO DE LAS ORILLAS DEL POTOMAC POR MEDIO DE LA LUZ ELÉCTRICA.

así los mas importantes como los mas pequeños del servicio, y en la falta de unidad en la marcha de los diversos cuerpos del ejército de Virginia. O Mac-Dowell fué muy de prisa, ó sus colegas muy despacio. El cuerpo de ejército Paterson hizo exactamente lo que con razón ó sin ella se dice que hizo el general Grouchy en Waterloo: dejó escapar el cuerpo separatista de Johnston, y no pudo llegar él mismo bastante á tiempo al campo de batalla. Al contrario, las disposiciones tomadas por el general Beauregard eran formida-

por el fuego del cañon. Por una parte el congreso de los Estados separatistas se ha reunido en Richmond y ha escuchado la lectura de un mensaje de Jefferson Davis, que nada tiene de pacífico. Por otra el Senado de Washington ha votado un bill que autoriza la confiscación de los bienes de los rebeldes, comprendiendo entre los bienes los esclavos. Lo cierto es que el ejército federal, despues de un reñidísimo combate, emprendió la fuga sin ser perseguido y pudo ganar los atrincheramientos de Arlington, sem-

brando con sus despojos las quince ó veinte] millas que separan á Bull's-Run del Potomac. Las tropas separatistas perdieron al general Johnston que

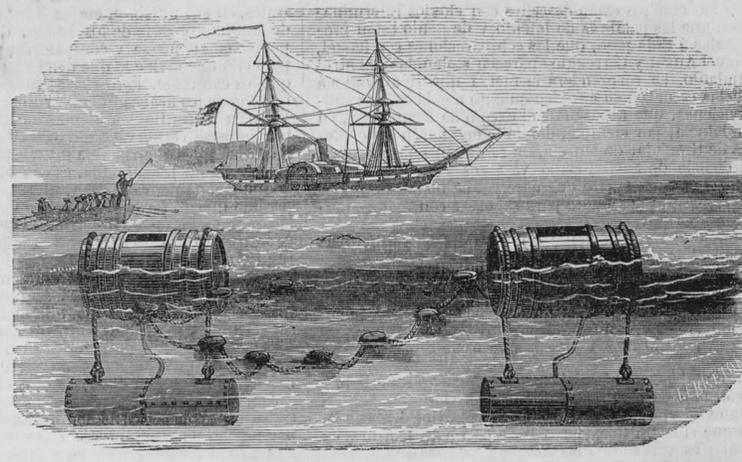


IRREGULARES DE LOS ALLEGHANIES (Virginia.)

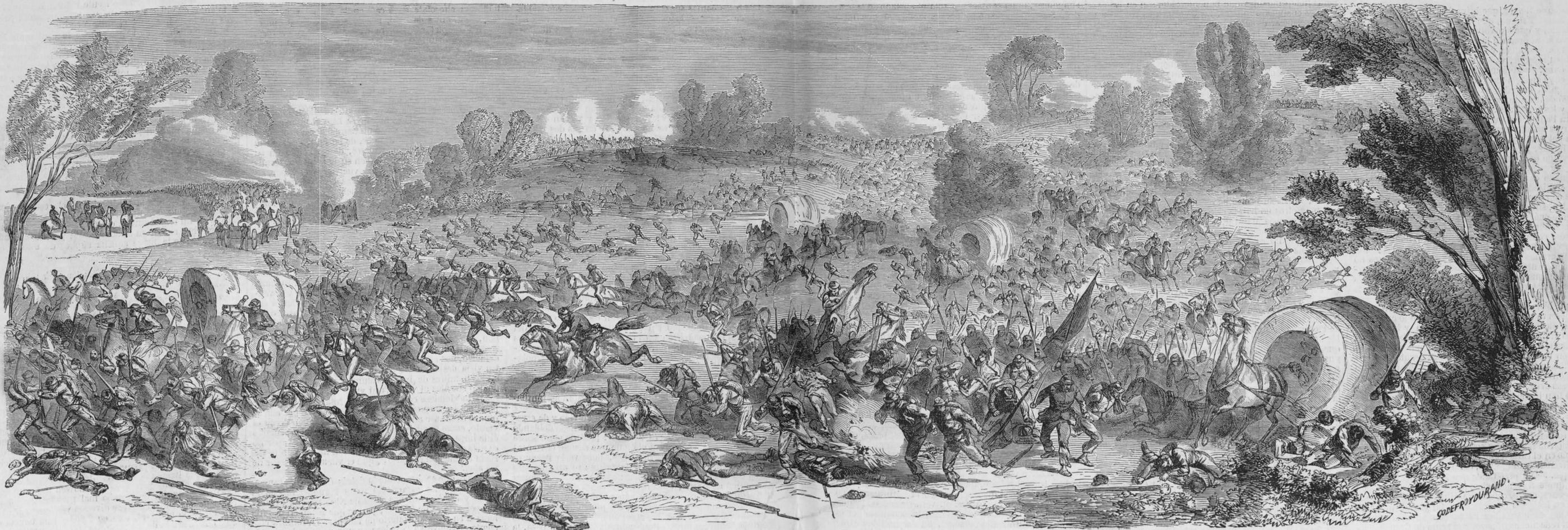
mandaba la izquierda, donde fué mas reñida la pelea y á cuya oportuna llegada debieron la victoria. Al general Beauregard que mandaba la derecha le mataron el caballo que montaba.

El Correo de los Estados Unidos dice que el presidente separatista Davis llegó al medio día al campo de batalla y tomó el mando del centro, cuyas maniobras decidieron la suerte de la batalla. Posteriormente el mismo presidente Davis en su parte de la batalla de Manassas al congreso de Richmond manifiesta que los separatistas perdieron 3,000 hombres entre muertos y heridos. El mismo despacho de Louisville que da esta noticia, dice que las pérdidas de los federales consistieron en 12,000 hombres y que murió el general separatista Johnston. Asegúrase en Washington que los separatistas querían llevar al enemigo hacia Manassas donde tenían una gran extensión de terreno minado, de suerte, según este cálculo, que el ejército federal alcanzó una gran victoria con no avanzar, porque si avanza ni un hombre queda para contarlo. Siempre es un consuelo, y también lo es el saber, como parece se sabe en Nueva York, que los separatistas tienen asimismo pagado de minas el terreno hacia Richmond. Hasta aquí lo relativo á la batalla. — Ahora en cuanto á los demás dibujos se explican suficientemente por sí mismos. El uno representa un reconocimiento practicado por la noche mediante la luz eléctrica en las orillas del Potomac, por uno de los buques de la flotilla federal. Otro reproduce una máquina infernal destinada á hacer saltar esa misma flotilla. Los americanos son ingeniosos en punto á invenciones de destrucción, que por lo general producen poco efecto.

Esta, sin embargo, podía causar los mas grandes desastros. Es muy sencilla, como se nota en el dibujo: dos toneles en comunicacion con dos cilindros llenos de materias explosibles, flotaban en la superficie sostenidos juntos por flotadores; el menor choche sobre los toneles hacia mover un resorte que prendía fuego á las materias inflamables, y al punto tenia lugar la explosión. El acaso ha hecho descubrir esta máquina, cuyos efectos habrían sido terribles si por desgracia el proyecto de sus inventores no hubiese abortado. Contemplando esos irregulares de las Alleghanies, parece que estamos viendo á los hombres descritos por Cooper, y que estamos aun en la guerra del siglo último. Son tiradores muy diestros, acostumbrados á las fatigas y á los peligros; para el ejército del Norte son unos terribles adversarios. S.



MAQUINA INFERNAL ENCONTRADA EN EL POTOMAC.



BATALLA DE BULL'S RUN; LA FUGA DEL EJÉRCITO FEDERAL.

Estudio sobre la antigua pintura española.

VELAZQUEZ EN EL MUSEO DE MADRID.

El que vaya á España para estudiar las escuelas de pintura, se encontrará con singulares decepciones, sobre todo si ha leído atentamente, como supongo, los escritos de Palomino, de Velasco, las biografías de Cean Bermudez y otros tratados sobre el arte español. Habrá observado que el número de los artistas es considerable, que sus cuadros están descritos con elogios interminables, que las palabras de talento y de genio están prodigadas á cada paso, que las comparaciones con Rafael, Miguel Angel y Correggio aparecen sostenidas con atrevimiento. Le sorprenderá la fuerza que se atribuye á ciertas escuelas, su encadenamiento metódico, sus subdivisiones, que atestiguan el exceso de fecundidad, en Andalucía, por ejemplo, donde se enseñarán las escuelas de Granada, de Murcia, de Córdoba, enlazándose á la escuela de Sevilla como vástagos vigorosos de una misma raíz, de suerte que parece que no deben bastar las semanas y los meses para saborear con método tantas maravillas.

Confieso humildemente que he sido del número de esos viajeros canchidos y que me he llevado chasco. A la verdad, el orgullo nacional merece respeto, pero tiene sus límites. Concedemos grandes licencias á los pueblos situados al otro lado del Garona; de consiguiente, cuanto mas descenden hácia el Sur las razas de esa parte de Europa, tanto mas lógico es que abusen de la hipérbole.

Sin embargo, la hipérbole, cuando se aplica á la historia, merece otro nombre. Es hasta comprometer los títulos de gloria de una nación exagerarlos demasiado, porque si sus historiadores reclaman para ella mas de lo que es verdadero, las naciones vecinas le quitarán quizá mas de lo que es justo. Hasta lo presente la España no es muy conocida, y apenas se ha relacionado contra el atrevimiento de los autores españoles que han escrito sobre el arte. Decimos con razon de ciertas aseveraciones que imponen porque escritores extranjeros, arrastrados del ejemplo, no han sabido sino llevar el énfasis mas lejos todavía. El *Diccionario de los pintores* que Quilliet dedicaba al duque de Berri en 1816, demuestra cuán inclinados son los hombres á aceptar los juicios hechos, hallando la declamacion mas cómoda que la crítica.

Solo un pintor en España puede decir de sí que tiene genio, y ese pintor es Velazquez. En cuanto á Murillo, su facilidad encantadora y la piadosa blandura de su pincel, permiten afirmar que tiene talento, pero nada mas: no tiene ninguna de las grandes cualidades que forman maestros.

No hablo de Rivera, que huye de Valencia muy jóven para hacerse italiano, que fué el adepto ferviente de Caravaggio, y que sin volver jamás á su patria, murió en Nápoles. Si honra á la España, no le pertenece ya. Después de Velazquez y de Murillo podría citarse, en grado bien inferior, varios artistas que tienen mérito: Alonso Cano, que fué mejor escultor que pintor; Zurbarán, cuya energía ascética raya en dureza y recuerda mucho al labrador de Extremadura; Juanes, que aprendió de los últimos discípulos de Rafael las líneas suaves y los contornos armoniosos; Sanchez Coello, que fué para Felipe II lo que fué Velazquez para Felipe IV, pero cuyos retratos mas elogiados perecieron en los incendios del Pardo y del alcázar; Luis de Vargas y Juan de las Roelas, afeccionados ambos en las escuelas de Italia, y que no pasaron de imitadores dignos de elogio cuyo vigor es incontestable, pero cuyo estilo inculto y desordenado es mas propio de los hurones que de un pueblo civilizado. Hay que comparar las obras de estos artistas con las de los pintores italianos, no ya de primer orden, sino del segundo y tercero, para juzgar debidamente cuál es su puesto en la historia del arte; pero si se desciende algo mas y se echa una mirada sobre los lienzos del comun de los mártires, sorprende los escasos conocimientos de la mayor parte de esos españoles cuyas biografías son tan pomposas. ¡Cuántas veces no han hecho pensar en los cuadros colgados en los pasillos ó amontonados en los graneros de nuestros viejos castillos, y cuyos autores se condenaron cuerdamente al olvido!

Hay pueblos, lo mismo que hay individuos, en quienes se observa una oposicion extraña entre lo que aman y lo que alcanzan, entre lo que quieren y lo que hacen. Los franceses profesan el amor á la libertad y el odio á las revoluciones, y en ellos es donde las revoluciones son mas frecuentes y donde mas pronto se sacrifica la libertad. Los españoles han cultivado la pintura con pasion sin contribuir á sus progresos: han tenido numerosos artistas, pero medianos en su mayor parte: siempre han llamado maestros extranjeros sin aprovecharse de sus lecciones; han fundado escuelas, pero esas escuelas, lejos de engrandecerse, decaian muy pronto, al paso que los que las desdenaban para campear por sí solos se han hecho á veces célebres. Debe buscarse la explicacion de semejantes contradicciones, no en los hechos, sino en el carácter de una nacion. El hombre acusa con frecuencia al destino, cuando solo debiera acusar á sí propio. Se ha pretendido que la dominacion de los árabes, que son iconoclastas, es decir, que proscriben las imágenes, era la causa de la inferioridad de los españoles en las artes de imitacion. En primer lugar, la dominacion de los árabes habia desaparecido mucho antes del renacimiento, porque el reino de Granada, le-

jos de ejercer sobre la península influencia alguna perniciososa, solo fué el último y el mas agradable asilo de los moros vencidos. En segundo lugar, es una extraña ingratitud presentar como opresores de las artes á los que han engalanado á España con su mas bello adorno. Es preciso haber visitado Africa y España una tras otra, para percibir bien todos los lazos que unen entre sí á las civilizaciones de uno y otro pais. Lo mas precioso y característico que España posee lo debe á los árabes.

Sus monumentos mas exquisitos, sus mansiones mas elegantes, sus ciudades mas poéticas, son árabes: lo pintoresco que se observa en sus costumbres, en sus trajes, en sus muebles, en las interioridades de la vida de familia, procede de los árabes. Glorioso es para un pueblo emanciparse y constituirse; pero no es preciso para ello que olvide lo que debe á los conquistadores, ni que los calumnie. Para ciertas comarcas de España, la marcha de los árabes fué una ruina, y si la llanura de Valencia ha continuado siendo un jardin encantado, es por haberse conservado allí el cultivo de los árabes y hasta las leyes que rigen la distribucion de las aguas.

La religion musulmana, es cierto, excluía las artes de imitacion; pero el Coran, al pasar á Europa, habia perdido mucho de su rigor. Hasta los amos de Andalucía dieron á los españoles ejemplos de tolerancia en todo género que estos no siguieron. Las pinturas que decoran uno de los salones de la Alhambra prueban que la aversion de los moros á las representaciones figuradas no era tan violenta. Además, en pos del arte árabe, se introducía el arte bizantino, que lo habia inspirado en otro tiempo y lo sostenia aun. Quedan en España obras bizantinas bastante numerosas y bellas para haber podido formar un Cimabue ó un Giotto. No son pues los modelos los que han faltado, sino los hombres.

Se ha dicho tambien que España, ocupada por varios siglos en expulsar á sus dominadores, vió prolongarse por mucho mas tiempo esa crisis de gestacion que se llama edad media. Nacida mas tarde á la civilizacion, no pudo llevar tan lejos la ciencia del arte y de las tradiciones que se forman con la ayuda del tiempo; pero la crisis fué mucho mas sencilla en España que en los demás paises, y desde fines del siglo XIII la cruzada contra los moros estaba segura de triunfar. Por otra parte, el desubrimiento de la América y el renacimiento son dos hechos contemporáneos: no faltaban tesoros á los españoles para pagar las obras maestras. Sabido es, por el contrario, el uso que se hizo de ellos, sobre todo en tiempo de Felipe II. Quizá el carácter mismo de ese pueblo explicaria mejor la esterilidad de sus escuelas de pintura y la inotencia relativa de sus aspiraciones. Altivo é indomable, no tiene la flexibilidad de ánimo ni la docilidad que hacen discípulos después de haber hecho maestros. El sentimiento personal que los románticos de nuestra época han divinizado, y las maneras independientes que han afectado, son en los españoles cualidades innatas. Su literatura es romántica por excelencia, es decir, que en ella son desconocidas las tradiciones y las reglas, al paso que campea omnipotente la imaginacion del autor.

Lo mismo sucede en el arte. En vano se esfuerzan los pintores en copiar modelos ó en imponerse un profesor, su temperamento les arrastra, y muy luego dejan de aprender porque son poco capaces de imitar. No debe censurarse en una raza semejante instinto, que es una de las condiciones de la originalidad. La escuela que á él supiese unir el trabajo, la pasion de lo bello, la aplicacion infatigable, alcanzaria un grado singular de expresion y de energía. Por desgracia el pueblo español no es enemigo de cierta pereza que el clima en algun modo disculpa, pero que contribuye á retener sus esfuerzos cuando seria ocasion de redoblarlos. Estudiando con cuidado las obras de los diversos artistas, se ve el punto en que se han parado, contentándose con respetar los asuntos religiosos, buscando las composiciones fáciles, satisfechos con una ejecucion rápida y blanda que para otros no habria sido mas que principiar.

Esa indolencia natural, unida á un gusto bastante marcado á lo trivial, paralizó las mas sinceras intenciones; porque no es fácil imaginar con qué buena fe los artistas de la península se disputaban las lecciones de los maestros italianos y flamencos, ó pretendían empaparse en sus obras. Continuamente se llamaba á artistas extranjeros, y aun cuando estos no fuesen en general sino pintores de tercer orden, no dejaban de llevar gérmenes que en cualquier otro pais habrian sido fecundos. Desde el año 1445 vemos en Castilla al florentino Gherardo Starmina. En tiempo de Juan II es llamado de Florencia el pintor Dello y de Flandes Rogel. Tambien á los franceses les toca su vez: Juan de Bourgogne que decora los monumentos de Toledo, Pedro Champagne que pinta en Sevilla, donde los hermanos Giulio y Alessandro enseñan su arte.

En Toledo, Isaac de Helle y Domingo Theotocopulo, llamado justamente *el Greco* por los italianos, fundan la escuela; Lupicini da lecciones en Aragon. En Madrid se cuenta una serie de pintores extranjeros, Antonio Moor, Caxesi, Rizi, Tibaldi, Castello y sus hijos, los dos Carducci, y por último Rubens, que reside en Madrid en 1628. Mas adelante Carlos II llamará á Luca Giordano, Felipe V á Van Loo, Procacini, Rane Vanvitelli; Carlos III á Rafael Mengs, sin poder regenerar el arte, y las academias de Madrid, Zaragoza, Valencia y aun Sevilla, no son mas que una solemne protesta de impotencia. Por lo demás, los pintores nada tenían que envidiar á los escultores, porque es fácil ver cómo aprovecharon estos las lecciones de Felipe de Bourgogne y de Torrigiani, el rival de Miguel Angel.

Y no se crea que los maestros extranjeros fuesen mal

recibidos: antes bien eran colmados de honores, escuchados con celo, buscados sin envidia. Los españoles daban pruebas mas vivas todavía de su ardor, cuando marchaban á Italia ó á Flandes para inspirarse en las fuentes. Vicente Juanes y Ribalta vivieron en Italia, igualmente que Luis de Vargas, Marmolejo, Berruguete, Becerra, Fernandez Navarrete y otros muchos que no alcanzaron siquiera la facilidad de ejecucion de los que acabo de nombrar. Pedro de Moya persiguió á Vandyck hasta Lóndres, á fin de hacerse discípulo suyo. Velazquez fué por largas temporadas á Italia, á riesgo de descontentar á Felipe IV su protector. El sueño de Murillo era visitar la Italia, y aun partió para Roma, pero encontró en el camino el Museo de Madrid y se encerró en él por espacio de dos años. A pesar de tantos esfuerzos y de tan bellas intenciones, los pintores españoles han conservado su fisonomía propia y una buena parte de inexperiencia. Las escuelas, apenas constituidas, ó caian ó merecian ser olvidadas. No quedan á los ojos de la posteridad mas que individualidades brillantes y talentos cuyo rasgo principal (lo cual no extrañará nadie) es la originalidad. Entre esas figuras originales, las mas notables son las de Velazquez y Murillo, el uno que respira toda la altivez castellana y pinta los esplendores de la corte; el otro que representa el encanto de la raza andaluza y resume las inspiraciones religiosas, que son el alma del arte español: el primero que excita la admiracion, el segundo que ejerce un vivo atractivo: ambos á dos, honra de España, y los únicos capaces de sostener un estudio profundo. Natural es principiar por Velazquez que es el mas grande.

Velazquez es poco conocido en Europa: colócase entre los maestros, sin disputársele, pero sin entusiasmo, porque su reputacion está hecha y porque los artistas que han visitado á Madrid se hacen garantes de su gloria: sin embargo, esa gloria no puede el público discutirla ni confirmarla, porque las piezas del proceso no están bajo sus ojos. Roma, Génova, Paris, Dresde y especialmente Inglaterra poseen algunos cuadros de Velazquez, pero cuadros aislados, de una importancia secundaria, que no dan una idea exacta y que solo chocan á los verdaderos inteligentes. Puede decirse que Velazquez está todo entero en el Museo de Madrid, toda vez que este Museo cuenta mas de sesenta lienzos del pintor de Felipe IV. España ha tenido la suerte de conservar sus obras maestras en todos los géneros que ensayó, pintura religiosa, pintura de historia, mitología, paisajes, escenas de interior, retratos de cuerpo entero, retratos ecuestres. Para explicar esa suerte basta echar una ojeada sobre la vida del artista.

Velazquez nació en Sevilla en 1599. Su padre se llamaba Juan Rodriguez de Silva, y su madre Gerónima Velazquez. Reunió los dos apellidos, segun los usos de España, pero la posteridad, que tiene siempre á simplificar, le ha conservado solo el apellido de la madre. Sorprendidos sus padres de la aficion que mostraba al dibujo, le separaron de sus estudios clásicos y le enviaron al taller de Herrera el Viejo, á quien se habria apellidado mejor Herrera el Diablo, á no haberlo impedido el miedo á la inquisicion. Ese Herrera era un hombre brusco, con quien nadie podia vivir.

No solo sus discípulos, sino sus mismos hijos huían de él, y concluyó por quedarse solo. Sus pinturas se resentían de su carácter: eran las de un furioso, sirviéndose de cepillos y de juncos para cubrir sus lienzos con mas rapidez, ó por decir mejor, con mas coraje. Así es, que sus santos y sus doctores, que se complacian en poner con la pluma en la mano, parecen endemoniados á quienes se está exorcizando ó bandidos que van á ser ahorcados. Verdad es que los españoles comparan modestamente á Herrera con Miguel Angel, comparacion que hace sonreír á los que ven después las pinturas de Herrera en Sevilla. Velazquez se apresuró á abandonar tal maestro, é hizo bien. Todo cuanto pudo aprender de él fué el descuido y la osadía, el desprecio de lo bello y un colorido enérgico, en fin, una libertad de composicion que no excede de los méritos del boceto.

Entró en casa de Francisco Pacheco, que formaba con Herrera entero contraste: hombre amable, de entendimiento cultivado, poeta elegante, pintor frio y mediano, como muchos pintores de la escuela sevillana á quienes la ponderacion española proclama en vano hombres de genio. Si Pacheco tenia escaso talento, en cambio tenia instruccion, y su Tratado sobre la pintura prueba que pudo dar á Velazquez buenos consejos. Sobre todo, fué bastante discreto para darle una familia: esa eleccion de un jóven pobre y oscuro es de todos modos honrosa para él, sobre todo si presintió que su yerno seria un grande artista.

Pero Velazquez no se contentaba, y esto se comprende bien, con las lecciones de Pacheco. Buscaba modelos mas elevados, un alimento mas fuerte que Sevilla no podia á la sazón proporcionarle. Así fué que en un momento dado se aficionó á los cuadros de Luis Tristan, pintor de Toledo, á quien los biógrafos cuentan por este motivo entre sus maestros. Vióse precisado á lanzarse como Lisippo á la naturaleza, y copiaba con ardor los objetos que encontraba á la mano plantas, peces, aves, animales; dibujaba en mil posturas y con mil expresiones diversas á un jóven campesino que tenia á su servicio; retrataba á todos los que se ofrecian á ello, desarrollando por esos estudios repetidos su gusto y su talento para el retrato, de suerte, que propiamente hablando, Velazquez fué discípulo de la naturaleza y de sí mismo. El arte fué para él un verdadero don: le amó por instinto, le cultivó por pasion, le conquistó por la fuerza del sentimiento personal. Su originalidad atravesó victoriosa los talleres en donde habria debido ex-

tinguirse, y hasta resistió á la influencia de maestros ó de modelos ilustres que encontró mas adelante. A la edad de veinte y un años conoció á Rubens en Madrid y pasó nueve meses en un trato íntimo con aquel espíritu seductor. A los treinta años estaba en Venecia, donde copiaba los cuadros venecianos, especialmente el *Calvario* y la *Comunion* del Tintoretto. De Venecia pasaba á Roma, donde estudiaba á Rafael y á Miguel Angel, copiando el *Juicio final*, las *Sibilas* de la capilla Sixtina, la *Escuela de Atenas*, el *Parnaso*. Pero ni Rubens, ni los venecianos, ni Miguel Angel, ni Rafael han marcado su sello en las obras de Velazquez. Lo que robó á tan excelentes modelos se lo asimiló con una energía que borraba las huellas y salvaba su independencia.

Nada era por otra parte mas á propósito para inspirar á Velazquez la firmeza y la fe en sí propio, que el favor precoz que le elevó sobre sus contemporáneos y le sostuvo hasta su última hora. Desde 1623 le nombraba Felipe IV pintor suyo, le agregaba á su palacio y le admitía en su trato familiar. Carducho, Caxesi, Nardi, sus rivales en la corte, inclinándose ante la voluntad suprema, confesaban que nunca habían representado al rey con tanto acierto, confesion mas verídica que sincera; y sufrían que sus retratos fuesen relegados á un salón oscuro, en tanto que Velazquez, cual otro Apelles, conservaba el solo el privilegio de retratar al nuevo Alejandro. Desde esa época la vida de Velazquez puede reseñarse en una frase, porque fué la de los cortesanos. Por espacio de treinta y siete años fué el amigo del rey y trabajó para él, bajo su direccion, á su vista, bajo su llave. Primero, ugiar de la cámara; luego, aposentador de palacio, y por último caballero de Santiago: conoció la servidumbre dorada, los placeres ruidosos, las dignidades fastuosas y los graves cuidados de la etiqueta. La cadena era tanto mas estrecha, cuanto que Felipe IV no podía pasarse sin él. Los dos viajes que hizo á Italia, primero para sus estudios propios y luego para comprar cuadros y estatuas de maestros italianos, fueron abreviados por las instancias mas afectuosas y por una orden que le llamaba.

Por lo demás, no vaya á suponerse á Velazquez triste ó digno de compasion. La vida de la corte era su delicia: noble por nacimiento, magnifico en sus gustos, colmado de riquezas por el rey, era apuesto jinete y montaba con elegancia; sus diamantes excitaban la envidia; tenia mesa franca y los mas elevados personajes miraban como un honor ser admitidos en su casa. Tomaba por lo serio su cargo de aposentador mayor, y su celo hasta abrevió su vida, porque preparando en la isla de los Faisanes la casa donde debían avistarse Felipe IV y Luis XIV, fué donde contrajo por exceso de fatiga la enfermedad de que murió.

¿Quién puede decir lo que habrían podido producir las eminentes facultades de que Velazquez se hallaba dotado, si el retiro le hubiese permitido consagrar al trabajo el tiempo que perdía en ocupaciones frívolas? Sé que la fortuna da alas al alma de un artista, y que el esplendor tiene embriagueces fecundas; pero es preciso que ese esplendor se llame gloria y que esa fortuna no sea la disipacion. Así como el favor de Luis XIV fué para el genio de Racine mas funesto que saludable, así la amistad de Felipe IV detuvo el vuelo de Velazquez encerrándole en un círculo en que le era fácil revolvase siempre.

Los retratos de la familia real, repetidos en todos los tamaños y bajo todas las formas, eran un asunto que no podían excitar por largo tiempo el entusiasmo de un artista, y que á veces, como puede verse, no fué tratado por él sin frialdad y sin fastidio. Los enanos y los bufones, que en aquella época era moda hacer pintar, no eran tampoco un asunto digno de un talento elevado. Velazquez no había nacido solamente para sobresalir en el retrato, sino principalmente en la pintura de historia. No puedo pues reconocer sin profundo pesar lo que le rebajó el rey, pues en los treinta y siete años de ocio que le proporcionó, solo le encomendó una gran página, la *Rendicion de Breda*. Algunas vistas de los palacios reales, el interior de una fábrica de tapices, una Virgen para adornar un oratorio, son una débil compensacion para tantas obras ahogadas en su germen. ¿Cuántos consejos mas varoniles, qué proteccion mas útil á su gloria habrían ofrecido á Velazquez la soledad y la pobreza!

Felipe IV demostró al menos á Velazquez que admiraba su genio mas que lo comprendía. Compraba todo lo que salía de su taller: los palacios de Aranjuez, del Escorial, del Buen-Retiro, del Pardo, se llenaron así de obras que no sufrieron ni las injurias del tiempo ni los peligros de los viajes. Cuando se formó el Museo de Madrid, los soberanos de España reunieron en él todos esos cuadros dispersados en sus residencias. Por eso se cuentan en él mas de sesenta lienzos de Velazquez, riqueza rara y maravillosa de un museo que es ya el mas rico del mundo.

No trataré de describir minuciosamente todos esos cuadros. Elegiré los principales en cada género para dar de ellos una idea y una apreciacion: con esto será mas fácil comprender despues el verdadero carácter del talento de Velazquez.

Natural es principiar per la pintura religiosa, que en la escuela española ocupa tanto lugar que parece haber proscrito todos los demás ramos. Verdad es que Velazquez es la excepcion única en un pais donde la inquisicion nombraba inspectores para vigilar los talleres de los artistas y las tiendas de los mercaderes. Trabajó poco en pintura religiosa, peligro serio si la amistad del rey no le hubiera protegido. Los asuntos inspirados por la religion exigen á la vez una profundidad y una sencillez, una pasion y un ideal de que no era capaz el nin-

tor de Sevilla. Seco y profundo observador, solo se complacia en imitar á la naturaleza: y además la vida de cortesano no le dejaba tiempo para buscar la belleza en el mundo de los espíritus ni para enardecer su corazon. Al principio de su carrera hizo una *Adoracion de los reyes magos* que está pintada con vigor, pero con un estilo horrible. Su Madona es una cocinera holandesa, y su Niño se parece al hijo de un vendedor de sardinas de Amsterdam. Este cuadro á pesar de su trivialidad tiene mérito: su ejecucion es apretada y el cuento raya en dureza. Mas adelante el artista suavizará sus tintas y evitará los fondos negros para esparcir en torno de sus personajes ambiente y claridad.

Su *Cristo crucificado*, de tamaño natural, es un buen estudio, no del natural, sino del marfil, porque es evidente que tomó por modelo un Cristo de escultura destinado á algun reclinatorio, á fin de reproducir sus toros firmes y su pulimento. La madera de la cruz es de una exactitud aterradora, destacándose en las tinieblas las venas, las emanaciones resinosas y el color rojizo del pino barnizado. Sobre los piés y las manos del Crucificado corre la sangre, y sus cabellos colgando sobre el costado se mezclan á la sangre que gotea de su frente. Todo este aparato parecerá repulsivo á las almas delicadas, teatral á las almas piadosas. La *Coronacion de la Virgen* que está enfrente reposa la vista. No hay que buscar en las facciones de la Virgen una belleza de un orden superior, ni en las del Padre y del Hijo que la coronan un sentimiento muy religioso. Destinado este cuadro á ser colocado en el oratorio de la reina y sin duda bastante mal iluminado, está poco concluido; aunque sus toques son rápidos, la composicion del grupo, la actitud de los personajes y la valentía de los paños llaman la atencion. El colorido es delicioso. Es un verdadero triunfo del ingenio, porque el artista no ha empleado mas que dos colores, el encarnado y el azul; pero los combina con tal habilidad, los mezcla y los difumina con tal riqueza, obtiene violados alternativamente pálidos ó oscuros de efecto tan armonioso y estable y la relacion de sus tonos y de sus valores con tan exquisito acierto, que se reconoce al gran colorista.

Los asuntos de imaginacion no los ha tratado con mejor éxito que los religiosos, porque la mitología, que exige la tradicion y el estilo, no tenia para Velazquez mas atractivo que la Biblia. Hasta es de notarse que su principal cuadro mitológico, *las Fraguas de Vulcano*, haya sido hecho en Roma, cuando el artista sufría la influencia de los sitios en que se hallaba, de los hombres que le rodeaban. Guido Reni, el Dominiquino, el mismo francés Poussin, á quien Velazquez encargaba cuadros para el rey de España, le incitaban quizá á luchar con ellos en el género académico que tan escasamente han cultivado los españoles. Velazquez representó las fraguas de Vulcano en el momento en que Apolo anuncia al infortunado marido que ha sorprendido los amores de Marte y de Venus. No cabe mayor frialdad, y sin embargo hay detalles admirables. La composicion es débil, sin interés, y el efecto ridiculo. Apolo se asemeja á un contemporáneo de Luis XIV que va á principiar un baile mitológico: Vulcano parece haber merecido su desgracia, á pesar de sus ojos penetrantes, inquisitivos, furibundos: sus compañeros de trabajo no tanto expresan una sorpresa trivial como una completa estulticia. En cambio el torso de Apolo es de gran belleza, su ademán lleno de elocuencia: el cuerpo de los herreros es de una verdad increíble.

Los detalles de la fragua, iluminados á la vez por los rayos del sol que penetran en el interior y por la lumbré activada por el fuelle, están marcados con una precision que demuestra bien que el genio del artista no campeaba á sus anchas sino en presencia de la realidad. El *Mercurio matando á Argos* me sugiere las mismas reflexiones. Argos, con su camisa de tela gris, es un saltador dormido á la orilla del camino real, y Mercurio, que se adelanta arrastrándose sobre las manos, es un gendarme que quiere sorprenderle; pero el sueño de Argos, su cabeza caída sobre el pecho, el abandono de los brazos y de las piernas están representados tan al vivo, que olvida uno la mitología y la traduccion vulgar que de ella da el pintor para no admirar mas que la energía de la impresion y lo que yo llamo la garra del leon.

Igualmente el *Marte reposando* está copiado de algun soldado de guardias walonas, pero con un tono de frescura que no rechazarían los maestros italianos, y sobre todo con singular grandeza.

Me apresuro á llegar á las cuatro obras maestras de Velazquez, tan diferentes entre sí por los defectos como por los méritos, de una originalidad asombrosa, y que prueban lo que habria podido hacer con un protector que no le hubiese condenado á ser pintor de retratos.

Sus *Bebedores* son los primeros por la fecha. Un jóven desnudo á quien es preciso aceptar por un Baco, puesto que juegan dos sátiros á sus espaldas, está sentado sobre un tonel, coronando á un bebedor que está arrojado. Cinco borrachos, elegidos entre la hez del pueblo, rodean al vencedor, y con el vaso en la mano se entregan á los mas ruidosos trasportes de alegría. ¿Qué figuras avinadas é innobles! ¿qué expresion! ¿qué actitudes! ¿qué harapos! ¿qué impudencia! Pero las cabezas están pintadas con un atrevimiento y una vehemencia de color que las hace salir del cuadro.

Todavía nos parece estar viendo aquel perillan que se presenta de frente, con un sombrero que renuncia á describir, y que se rie en las barbas de los transeuntes con una alegría tan ruidosa que cree uno estar oyendo las carcajadas. Y el mismo artista, despues de copiar esos horribles desarrapados, iba á reproducir los sem-

blantes pálidos de Felipe IV ó del infante Don Carlos. Lo que hace soportar semejante asunto y semejantes tipos no es solo la verdad, sino cierta verdad ideal á su manera, á fuerza de voluntad, de ejecucion, de color y de armonia. Se siente no sé qué calor que prueba que el artista ha cogido á la naturaleza, y al mismo tiempo una altivez de pincel que anuncia al caballero y realiza todo cuanto toca. Hay cuadros de Velazquez que prefiero á este, pero ninguno hay con mas vigor. Su Baco, ante el cual Praxiteles y Scopas se cubrirían el rostro, es un tipo vulgar, pero bien alegado y maravillosamente realizado.

Es á la vez el atleta y el bebedor, jóven, fornido, de una elegancia plebeya, de una belleza que se palpa, tan propio para la lucha como para la disipacion. Las formas y las carnes están representadas con un sensualismo varonil y espléndido que muy pronto seduce, y borrando la primera impresion, pues hasta tal punto impone el artista su tipo y domina como maestro, acaba uno por encontrar que aquel tipo es bello. No hay que olvidar que un cielo ceniciento y nebuloso de intento, se armoniza con los tonos pardos de los vestidos. Sobre ese tinte plomizo destacan sin dureza las cabezas de los bebedores, que como reflejan abundantes libaciones, habrían resaltado con demasada crudeza sobre un cielo azul.

He dicho ya que el rey de España no encargó mas que un solo cuadro de historia á su pintor, y eso fué despues de la toma de Breda, porque las victorias eran escasas bajo su reinado. La *Rendicion de Breda* es llamada tambien el cuadro de las *Lanzas*, porque sobre la derecha se alzan como un bosque las altas picas de las tropas españolas. Delante de las lanzas se mantienen de pié inmoviles los oficiales del general Espinola: todas las cabezas son graves y están vueltas de modo que puedan ser vistas, porque son retratos. En el ángulo se representó Velazquez á sí mismo con sombrero, botas y una capa gris. Sus ojos son vivos, su tez brillante, su bigote rizado, su apostura elegante; se ve que se tenia por un cumplido jinete. Al otro lado del lienzo muestra en contraposicion la escolta del gobernador de Breda. Entre esas dos tropas media un grande espacio que deja ver el paisaje: allí es donde se encuentran los dos jefes.

Espinola ha echado pié á tierra para recibir al príncipe de Nassau. Su astuta cara tiene tal expresion de afabilidad y agrado, apoya con tanta elocuencia su mano sobre el hombro del vencido, que se adivina le está cumplimentando por su bizarra defensa. La escena es sencilla, concebida con amplitud y tratada como por mano de maestro. A fin de romper la monotonía de los dos grupos, el pintor ha dejado en el primer término el caballo de Espinola, y para añadir mas á tanto atrevimiento, lo presenta escorado.

Seguramente una capitulacion es un asunto poco fecundo, de un interés escaso, y ordinariamente pasamos con indiferencia ante la pintura oficial que rivaliza con las *Gacetas*. Aquí, por el contrario, es imposible explicar el encanto que á uno le atrae, le retiene, le hace volver y le vuelve á retener. La accion mas dramática no podria tener mas fuerza, ni la pintura mas voluptuosa mayor atractivo. Tan pronto se admira el color encantador de ese vasto lienzo, donde los tonos selectos, límpidos, armoniosos, adquieren por su justa posicion un vigor increíble, como el paisaje que se desarrolla lleno de claridad, de frescura, en el que circula verdaderamente el aire y da á la naturaleza esa vida muda que nos embriaga; como los personajes pintados con tanta naturalidad, copiados en lo vivo de su accion y causándonos el mismo placer que nos causaria una escena representada á nuestra vista. Nada aparece sacrificado, nada convencional, ni aun en los efectos ni en las sombras: ninguno de los artificios permitidos á los pintores está allí empleado. Todo se muestra, todo está interpretado, todo se modela en plena luz. Una empresa tan atrevida habria asustado á mas de un maestro. Velazquez ha sacado de ella bellezas tan originales y un triunfo tan soberbio, que le hacen acreedor á ser reputado entre los mas grandes.

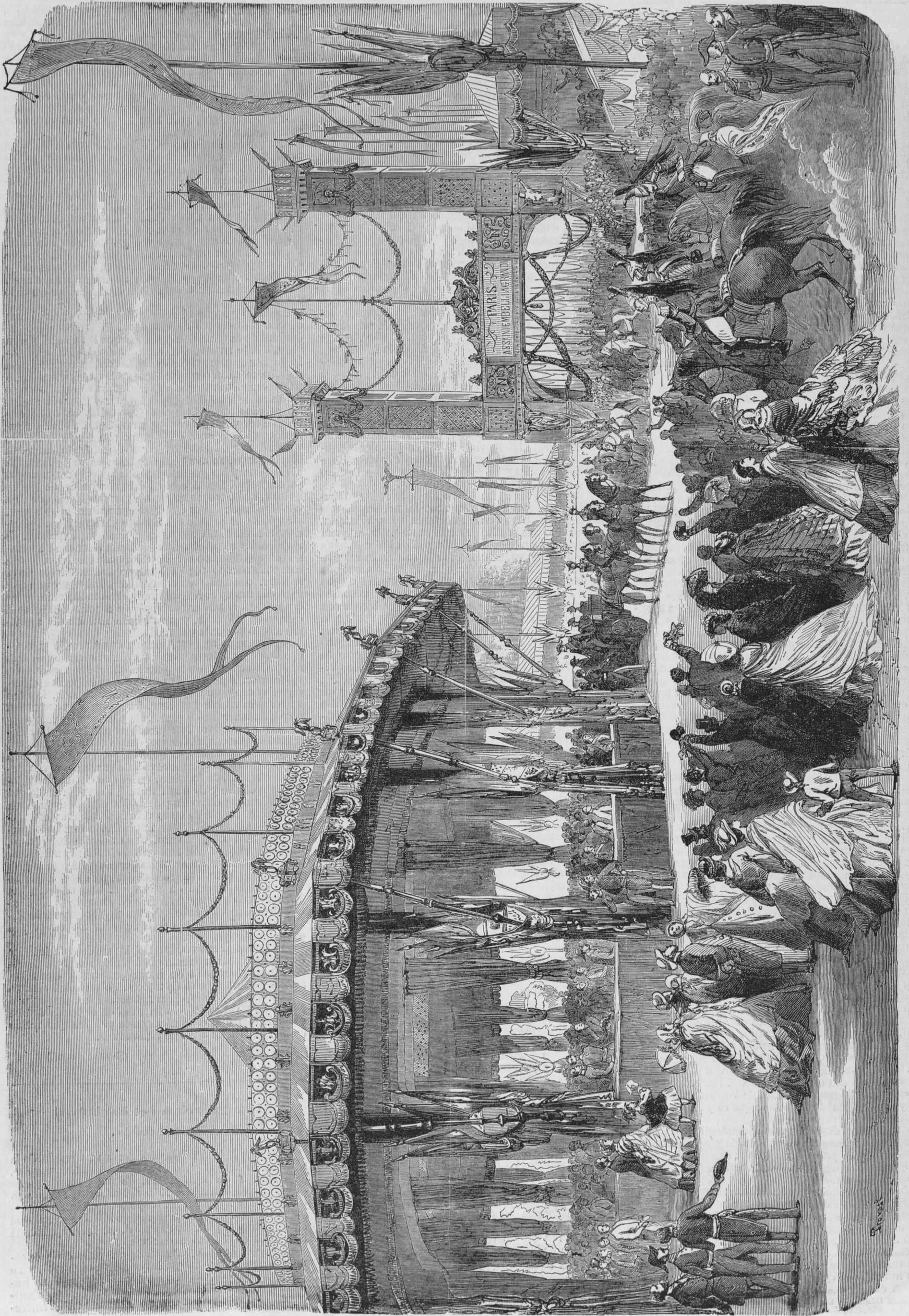
Las *Hiladoras* nos conducen á los cuadros de interior que Velazquez, acostumbrado á pintar retratos de cuerpo entero, sobresalía en tratar en grande escala. El asunto es una fábrica de tapices. En un salón cerrado á los ardores del estío, cinco hiladoras están preparando lanas. Hay varios tapices tendidos en el fondo de una segunda sala que comunica con la primera por medio de una galería de arcos de estilo árabe.

(Se continuará.)

Inauguracion del boulevard Malesherbes.

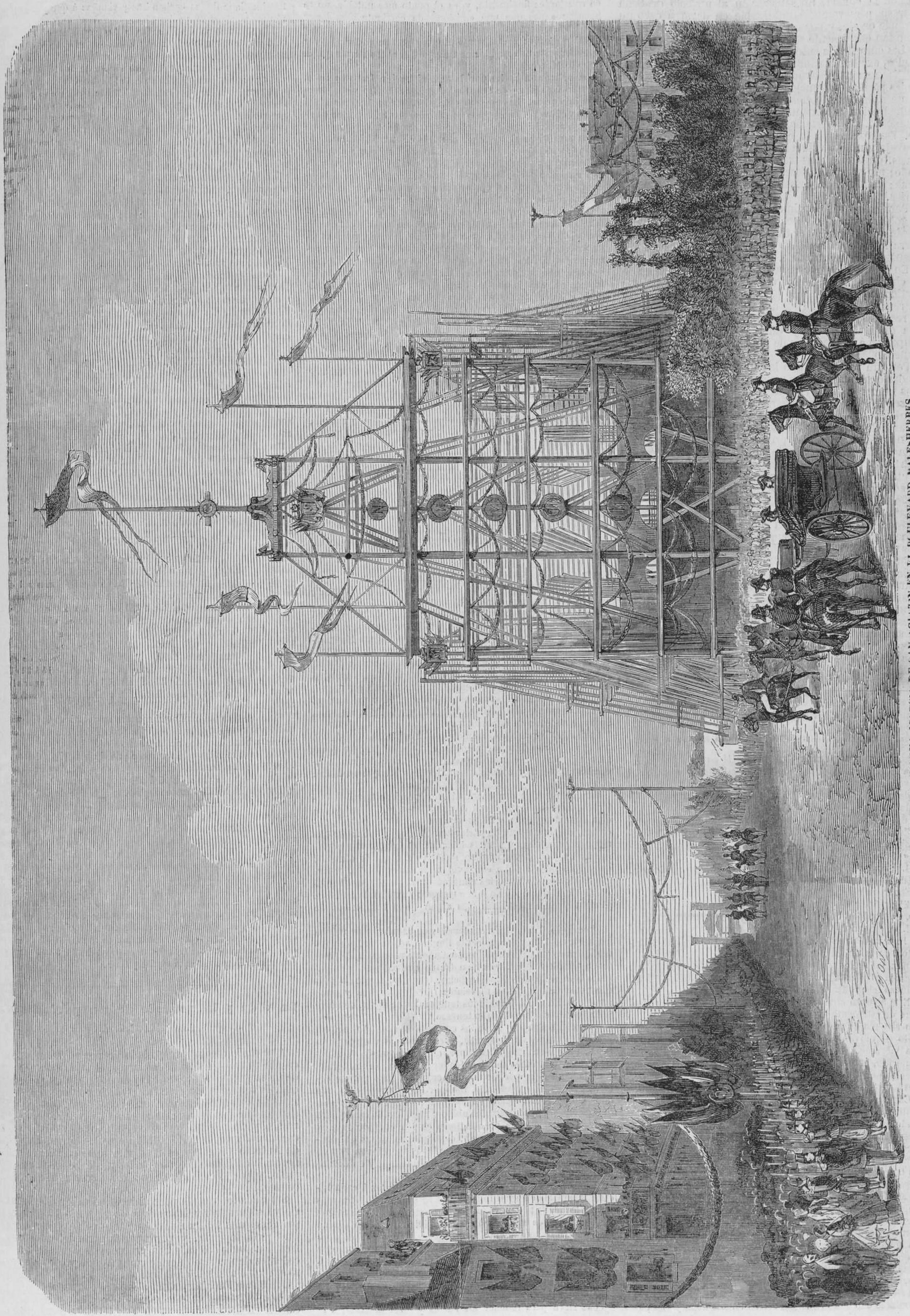
Ya hemos dado á nuestros lectores una reseña de la solemne inauguracion de los boulevares Malesherbes, de la Estrella, de Neuilly, de Monceaux y del parque de este nombre efectuada el 13 de agosto, asistiendo al acto el emperador Napoleon III. Despues de un largo discurso del prefecto del Sena, especie de informe dirigido al emperador y al público, explicó S. M. I. el objeto de la ceremonia en el siguiente discurso:

«Señores: La inauguracion de una nueva via de comunicacion nada tiene ya hoy de extraordinario, y no hubiera hecho de ella una ceremonia pública si no hubiese querido manifestar mi simpatía al consejo municipal que se ocupa con un celo constante en los intere-



INAUGURACION DEL BOULEVARD MALES HERBES, DE LA ESTRUILLA, LE NEUILLY, DE M'NCEAUX Y DEL PARQUE DE ESTE NOMBRE. — LLEGADA DEL EMPERADOR.

Rey



DECORACION DE LA NUEVA IGLESIA DE SAN AGUSTIN EN EL BOULEVARD MALESHERBES.

L. DUBOIS

ses de la ciudad, mi satisfacción al prefecto del Sena por su perseverancia infatigable en llevar á cabo un grande objeto, y por último, mi aprobación á todos los que tan eficazmente secundan sus esfuerzos.

Los embellecimientos de la capital, despues de terminados, excitan la admiración general; pero mientras se realizan suscitan siempre censuras y quejas. Y es que no es posible en semejantes empresas dejar de lastimar momentáneamente ciertos intereses: el deber de la administración es, sin embargo, guardarles el debido miramiento, sin apartarse de la marcha que ha de seguirse. Esa marcha ya la conoceis: imprimir actividad al trabajo y nueva vida á las industrias y al comercio de París, quitándoles las trabas que entorpecian su desarrollo; proteger á las clases menos favorecidas por la fortuna; combatir la carestía de los artículos mas necesarios.

Para conseguir el primero de esos resultados ha dado el gobierno un gran paso, y sabreis con gran placer que desde que se celebró el tratado de comercio con Inglaterra la exportación de los artículos de París ha aumentado ya casi un doble.

En cuanto á lo que se refiere á la administración de la ciudad, al retirar el muro de circunvalación hasta las fortificaciones, al acercar por medio de anchas vías los extremos al centro, tiende aquella á igualar en este vasto recinto el precio de todos los artículos de comercio: ella da vitalidad, luz y valor á barrios desheredados, ocupación á una porción de industrias y movimiento al comercio.

Por otra parte felicito á la ciudad por las medidas tomadas ó adoptadas para mejorar la suerte de la clase mas numerosa. Así es que se ocupa en traer á París agua que se pagará mas barata, exime del impuesto los alquileres que no llegan á 250 francos, ha organizado el ramo de panadería, de suerte que en caso de encarecer no puede exceder el precio del pan de cierta tasa, trata de disminuir el precio de la carne no solo por la libertad de esta industria, sino tambien por la creación de un mercado único que garantizará mejor el interés del consumidor: por último, multiplica las iglesias, las escuelas y los establecimientos de beneficencia.

Para trabajar con sujeción al mismo orden de ideas, os recomiendo sobre todo en el exámen del presupuesto reducir, en cuanto los recursos lo permitan, los derechos que pesan sobre los artículos de primera necesidad.

Por ese medio adquirireis nuevos títulos á mi reconocimiento, porque si la capital de un grande imperio se honra con esos monumentos que recuerdan la gloria de las armas y atestiguan el genio de las ciencias y de las artes, no se honra menos con las instituciones que demuestran una solicitud incesante en favor de aquellos que sufren, y un celo ilustrado hácia los intereses generales de esta inmensa aglomeración, verdadero corazón de la Francia que late como ella por su gloria y su prosperidad.»

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

TELEGRAFO IMPRESOR DE HUGHES: — Hé aquí la mas completa descripción que hallamos en un periódico científico, del nuevo y maravilloso invento que está destinado á hacer, dentro de muy poco tiempo, una completa revolución en la telegrafía eléctrica, — tan adelantada ya á estas horas por el genio del célebre Morse, — perfeccionando aun mucho mas los medios de transmisión, y facilitando esta en términos de «suprimir completamente las distancias,» y aun pudiéramos añadir «el tiempo.»

«Los progresos de la telegrafía son incesantes; esta vez, nos llega de los Estados Unidos el nuevo aparato, en donde funciona con notable ventaja sobre todos sus antecesores.

» El profesor Hughes, cuyo sistema telegráfico reproducimos, ha tenido el honor de hacerlo funcionar en presencia de S. M. el emperador, quien ha reconocido sus ventajas; así que la administración de la telegrafía ha tratado con el inventor, de la aplicación de su sistema.»

Tomamos de los anales de la telegrafía la indicación somera y técnica publicada por M. Bergon, director y divisionario de las líneas telegráficas francesas:

«Este aparato cuyas disposiciones todas son nuevas, imprime directamente los despachos en caracteres romanos.

Un sistema de rodaje armado con una rueda de tipos, es puesto en movimiento por un peso y arreglado por una lámina vibrante. Arrastra con una gran velocidad, sobre un círculo fijo, el órgano destinado á dar el contacto eléctrico. Un teclado de piano lleva, lo mismo que la rueda de los tipos, todas las letras del alfabeto, un punto negro y un punto blanco. Cuando se oprime la tecla de una letra, una lengüecita metálica sale del círculo fijo, en el punto correspondiente á cada letra, sobre la circunferencia descrita por el órgano de los contactos, y cierra el circuito cuando pasa el órgano. Establecida de este modo la corriente, paraliza una parte del magnetismo de un electro imán cuyas armaduras fijas son unas barritas imantadas. La armadura móvil, solicitada por un resorte, se desprende y obra sobre el excéntrico que hace apoyar el papel contra la rueda de los tipos.

Supónganse dos aparatos semejantes colocados en los dos extremos de una línea y que marchen ó funcionen sincrónicamente, y se tendrá un sistema telegráfico.

La solución del sincronismo, obtenida por las láminas vibrantes, parece buena y hecha suficiente práctica por medio de una corrección que se opera cada vez que se imprime una letra.

La electricidad tiene poco que hacer, el instrumento parece contentarse con una intensidad relativamente débil y aun po-

co constante; finalmente, y es el punto mas notable, no se necesita «mas que una emisión» de corriente para hacer una letra, mientras que el sistema Morse necesita tres por término medio: y el aparato Hughes parece poder abordar impunemente una rapidez de trabajo tres veces mayor que el aparato Morse.

La aplicación hecha por la administración francesa en el tránsito mas largo de sus líneas, comprueba las ventajas de esta invención. Los aparatos funcionan directamente entre París y Marsella, continúa ó no continuamente, segun se quiere, y la transmisión es instantánea. Con empleados apenas prácticos, se obtiene desde luego el doble de la velocidad del sistema Morse bajo las manos mas hábiles; pero como el nuevo instrumento puede obedecer á toda la velocidad que el operador llega á darle, los empleados de la administración francesa lograrán muy pronto transmitir de dos mil á dos mil quinientas palabras por hora, como se verifica en New-York.

Otra ventaja de este nuevo sistema consiste en su infalibilidad. El que trasmite el despacho, lo mismo que el que lo recibe, lo ven desenvolverse á su vista, en hermosas letras impresas, y no se ven ya obligados á traducir los signos como se verifica hoy en los aparatos que se hallan en uso, lo que ocasiona una gran pérdida de tiempo y errores tanto mas frecuentes, cuanto que los despachos llegan en varias lenguas, y los empleados no son políglotas.

La admisión de este nuevo sistema, que sin duda será adoptado en todo el mundo, permitirá la baja de la tarifa de los despachos, puesto que en el mismo espacio de tiempo, con el mismo número de personas y sin aumento de gastos, se podrá transmitir un número mas considerable de despachos.

— HORTICULTURA: — *El reloj de agua.* — Hé aquí un interesante descubrimiento para los aficionados á la horticultura, así como tambien para los industriales y propietarios, el reloj de agua. Gracias á sus ingeniosas combinaciones, los surtidores de agua, que hasta hoy solo eran un objeto de lujo y adorno, serán en lo sucesivo una cosa útil; se convertirán en verdaderos relojes, tanto mas preciosos cuanto que no estarán sujetos á esos desarreglos, á esas variaciones casi diarias, á esa vigilancia continua, que hace tan difícil y costoso el servicio de los relojes comunes. Por medio de un mecanismo sencillo, infalible, aplicable en todos los sitios y sobre todo barato, los surtidores de agua, ya sean naturales ó ya artificiales, ya antiguos ó ya nuevos, pueden marcar la hora de un modo seguro; á la una el surtidor tendrá solo un ramal ó hilo de agua, á las dos tendrá dos, á las tres, tres, y así sucesivamente hasta doce, y en llegando á este número volverá á quedar uno, despues dos, etc. El turno de las horas será periódico, regular, indefinido y susceptible de la mayor precisión; el surtidor de agua provisto de un aparato convenientemente establecido, marcará la hora fija invariable.

— GANADO CABRIO: — Hay entre las gentes de los campos un adagio que dice: «El hombre perdido, á la cabra y al cochino, y cuando perdido del todo, al cochino solo.» Hay mucho de verdad en este adagio, porque efectivamente hay pocas especies domésticas que las aventajen en rendimientos, sobre todo cuando se hallan á la inmediación de las grandes poblaciones donde se pueda espendir con alguna estimación su leche, dar salida á sus crías y pieles, utilizar sus basuras en cultivos ventajosos, como el lino, la gualda y la camelina á que se adaptan de una manera especialísima.

Pero estas ventajas son inherentes á ciertos sitios donde pueden al mismo tiempo sostenerse con economía, para quien sabe asistirlos con esmero y escoger las variedades mas adecuadas al clima y condiciones exteriores en que se hallen constituidas.

Para sostenerlas con economía son precisos terrenos extensos, áridos y escarpados donde apenas puede sostenerse otra clase de ganado, y de buenos templos en todas las estaciones, donde despues de pastar con libertad y con seguridad algunas graúneas y plantas labiadas, el tomillo con preferencia á todas, algunos brotes nuevos de arbustos ó matas, entre las cuales buscan con avidez las cucurbitáceas, ó carascas de varias clases, las ulmáceas y las de flor amarillosa, desde el dulce citiso á la amarga retama, y la espinosa aulaga; pueda suministrárseles algun erren bien criado de centeno.

El cuidado ó esmerada asistencia que requieren se reduce á tenerlas establos enteramente limpios, relavados, pero secos, de poco y limpia cama frecuentemente renovada, de buen aire y temple regular, mas bien fresco que caliente, y de paredes bien enlucidas, ó mejor dicho, tendidas, donde no puedan penetrar musgaños, ni criarse insectos, arañas y otros parecidos. En ellos, durante los temporales de lluvia, de nieve y de fuertes calores deberán tenerse recogidas y alimentadas con excelentes pajas y salvados en postura, realizados con sal y algunos granos de algarroba, yerros, alherjas y otros parecidos, muy bien limpios de tierra, chinás y gorgojo. Y al decir *postura*, queremos dar á entender en coria pero reiterada cantidad, no solo porque no desperdicien, sino porque coman, porque es ganado tan melindroso que repugna todo alimento averiado, sucio y baboseado, ó impregnado de su olor peculiar que es bastante subido y pegajoso, lo cual quiere decir tambien que es preciso tenerles los comederos muy limpios, lavados con frecuencia, con legías calcáreas y aclarados con esmero. Las aguas que se les proporcionen han de ser así mismo puras y corrientes, á buen temple y en dornajos muy limpios y bien aclarados.

La elección de las variedades correspondientes á cada localidad importa en gran manera, ya se trate de beneficiarlas por su leche, ya por su vellón; y aun entre las de una misma variedad hay que saber escoger los individuos, puesto que en razon de su temperamento y formas serán ó una fuente de riqueza ó una causa de empobrecimiento, como quiera que una cabra puede suministrar, á trato igual, desde media á seis azumbres por dia, aun cuando sean lecheras entre las mejores razas las que suministren esta enorme cantidad, y en cuanto á su pelote, puede llegar desde la borra grosera que apenas sirve para rellenar los bastes y otros muebles, á la

finísima lana de las cachemiras y vicuñas á que jamás llegarán los merinos mas estimados.

Los terrenos mas adecuados y las condiciones exteriores mas propias para la crianza del ganado cabrio son los terrenos montuosos, y entre ellos con preferencia las serranías ó grandes cordilleras de montañas que sirven de límites á las regiones agrícolas, porque pasándolas al Mediodía tienen un invernadero adecuado, y pasándolas al Norte tienen un agostadero no menos propio, lo que equivale á sostenerlas en una eterna primavera. Donde haya estas buenas proporciones, se puede pensar racionalmente en la adopción de variedades tan ricas como las de Tíbet y Cachemira y las vicuñas tan preciadas de los Andes. Con un poco de esmero en el cultivo del terreno á ellas destinado, las primeras de vellón inapreciable, podrían sostenerse en casi toda la región Mediterránea, pero muy particularmente en las Sierras Morena, Nevada, de Segura y sus estivaciones, mas las de la Estrella en Portugal á partir de la de Gata, y las vicuñas en casi todas las demás de España y en concurrencia con las otras, puesto que siendo casi iguales en conveniencias, son mucho menos delicadas.

La lactancia artificial entra por parte de la crianza de aquellas especies mas delicadas, y tanto bajo este concepto como el de la producción de la leche, borra textil y carne y pieles finas, apenas pueden darse en el mundo cabras mas preciosas que las que podrían sacarse de entre las llamadas *garroteras* de Granada, entre las cuales se ven prodigios verdaderos de potencia lactífera, como la indicada de hasta cuatro y seis azumbres de leche por dia y por tiempo indefinido.

Esta raza granadina no deja de ser suficientemente robusta para que con un trato tan esmerado como el que dejamos dicho, se puedan extender á casi toda España, donde quiera que haya medianas condiciones de prosperidad para ellas y el esmero debido en su alimentación y trato.

Las cabras, mas que otro ganado alguno, son delicadas en medio de su aparente rusticidad, y están sujetas á una multitud de enfermedades. Las principales son las cerebrales, y entre ellas la meningitis y cerebritis casi siempre de terminación funesta, hija de la insolación: la caquexia acuosa y tuberculosa ó hidropesía, hija de una alimentación acuosa, espasmos ventrales y de estancia en sitios bajos de pastos crasos: la disenteria, producida generalmente por forrajes de mala calidad, mohosos ó recalentados; la tisis tuberculosa, que procede de una alimentación mal entendida, por escasa ó por abundante, por acuosa ó árida, y la inapetencia ó anorexia.

— LOS MANANTIALES DE ACEITE MINERAL EN LOS ESTADOS UNIDOS: — Repetidas investigaciones han puesto de manifiesto la existencia de un inmenso depósito de aceite mineral que se extiende desde el Sur al Norte de la América setentrional, y que abraza una superficie total de 27,432 kilómetros. La explotación de esta zona ha producido en el año de 1860 unos 1,500 barriles diarios de aceite, y se espera que en el año actual se eleve á 5 000 barriles diarios, que representará aproximadamente unos 9.000,000 de litros. El precio de este producto depurado ha sido por término medio de 15 á 22 céntimos de duro; pero se confía en que no tardará en llegar al de 40 céntimos, en cuyo caso hará una concurrencia temible al aceite de ballena.

Pasemos á describir de qué manera se practican las investigaciones y las explotaciones, que reconocen por objeto descubrir y beneficiar los aceites naturales.

Con herramientas adecuadas se practican perforaciones de 75 á 150 milímetros de diámetro, que se continúan hasta una profundidad que varia de 15 á 150 metros: si al llegar á este último límite ha sido improductiva la práctica de la perforación, se abandona esta. Desde el momento en que la sonda encuentra el aceite, se reviste con un tubo el orificio practicado, y se instala una bomba que arroja la mezcla de agua y aceite en depósitos adecuados. Segun la abundancia del manantial descubierto, así se aplican al movimiento de la bomba motores animados ó máquinas de vapor. El gasto de la perforación varia naturalmente con la profundidad del orificio que se practica: generalmente se atribuye á esta operación una cantidad de 24,000 reales, comprendiendo en la misma el gasto que exigen las monturas de los aparatos. Siendo tan económicos los gastos que requieren las investigaciones que nos ocupan, no debe sorprendernos que se aumente el número de pozos diariamente y que se cuenten hasta 3,000 en los estados de Pensilvania, Virginia y Ohio.

La vida y la muerte de un periodista.

ANTONIO FAUCHERY.

A menudo me he preguntado yo porqué cuando succumbe al trabajo uno de los suyos, el periodismo se ha de mostrar menos reconocido y menos justo que el ejército, la Iglesia y la ciencia; ¡Qué buena ocasión para instruir á los que le calumnian sin conocerle! Que aprendan los que nos desprecian la suma de valor, de abnegación y de talento que necesita aun el soldado mas oscuro del gran ejército militante de las letras. La vida de Antonio Fauchery es mas que una lección, es una herencia de heroísmo que á todos nos debe inspirar orgullo, y por lo cual le vamos á consagrar aquí algunas columnas.

Sin duda le importa poco al lector el saber dónde nació y quiénes fueron los padres de Antonio Fauchery; para él es una figura nueva que debe permanecer como un tipo de leyenda, y por nuestra parte debemos confesar que tampoco sabemos gran cosa sobre esos antecedentes de nuestro querido compañero, y eso que hemos vivido muchos años con él. No nos desagradaría afirmar que Fauchery vino al mundo en la edad feliz en que le hemos conocido. Joven de clara mirada, de cabello en desorden, de palabra metálica y franca como

el oro, finalmente. con la risa inextinguible de la juventud mas loca y mas segura de su fuerza que he visto en mi vida. Si, como un dios juvenil de los tiempos heroicos de la Grecia, así ha debido aparecer repentinamente en la sociedad parisiense ese jóven fuerte como Hércules, hermoso como Antinoo, ingenioso como Teodoro, poeta y músico como Orfeo, valiente como Belerofonte, y que como él debía morir en pelo el hipogrifo para ir al maravilloso pais de las quimeras á libertar las princesas encadenadas y morir de su audacia. ¡Ah! mientras aparezcan de tiempo en tiempo tales figuras á los ojos de los hombres espantados y de las mujeres extasiadas, no hay que desesperar de la juventud, ni de la poesía, ni del amor, ni de todos esos dioses desterrados que hacian de la existencia un encanto perpétuo. Aventureros si se quiere; los aventureros constituyen la reserva de los héroes.

Siempre me acordaré de la presentación de Fauchery por el poeta Banville. Fauchery en punto á literatura no traía mas bagaje que su buena voluntad; nada habia leído, no sabia nada. Me engaño, sabia la vida en lo que tiene de mas riguroso y positivo; habia leído los libros de Heine que sabia de memoria y que eran sus obras favoritas. Heine formaba exclusivamente la biblioteca de Fauchery, y no hay duda que habria podido escoger peor. Fauchery era uno de esos hombres que adivinan y saben por intuición mas que los sabios. Habia nacido letrado, aunque ignorante, como ciertas hijas del pueblo nacen señoras.

Hé aquí pues al futuro escritor en aprendizaje literario. Naturalmente trabajaba con dificultad, y como era un terrible burlon, temia servir de burla, pues en aquellos tiempos no se escaseaban los epigramas entre los escritores.

Se acercaba la época de salir á luz: vino 1848 y con él las revoluciones. No hay para qué decir que Antonio Fauchery fué uno de los primeros que penetraron en el palacio de Tullerías tomado por el pueblo, no por entusiasmo político, sino para ver. Todas las barricadas vieron detrás ó delante de ellas, indiferentemente, un curioso que se llamaba Fauchery. Combatiente singular que recibía balas sin devolverlas!

Al fin se presentó ocasion de entrar en la pelea. La Polonia llamaba á sus defensores; Nadar y Fauchery se armaron para libertar la Polonia. En vano Murger les suplicaba con lágrimas y paradojas en la voz:

— ¿Qué vais á hacer, desgraciados? ¿No sabeis que tendreis que combatir contra salvajes que aun gastan flechas?

Sin embargo marcharon, y en las márgenes del Rin fueron recibidos á tiros. La pequeña falange fué diezmada, pero consiguió penetrar en los Principados germánicos, donde la buena fe no ha establecido sólidamente sus penates. Pero ¿qué le importaba á Fauchery, que dotado de una fe robusta marchaba alegre y risueño? En Magdeburgo la autoridad prusiana hizo desarmar á nuestros conquistadores, que internados en Eisleben se divertieron en enseñar á los muchachos toda clase de juegos de destreza y de fuerza. Por fin soltaron á los dos franceses y regresaron á Paris á ocupar sus puestos respectivos.

Fauchery trabajó para varios periódicos políticos y literario, y publicó *Paris nocturno*, obra incompleta, pero muy curiosa, pues Fauchery era muy inclinado á todo misterio. Quería sondear abismos sin fondo. Por eso en 1851, cuando la política ya no tuvo secretos ni batallas, acometido de un aburrimiento invencible, resolvió dejar la Francia para ir á buscar la fortuna á cinco mil leguas de su territorio. ¿Qué atractivos tenia la Australia en aquellos felices tiempos!

Se marchó pues; pero como él mismo decia, no es fácil desterrarse á cinco mil leguas de la madre patria. Entonces entabló con sus compañeros una correspondencia que merecia hallar un editor, tan llena está de emociones, de cosas imprevistas, de una sensibilidad ardiente y verdadera, de un elocuente llamamiento á todos los recuerdos que él habia abandonado casi riendo y que mas tarde debia pagar con sus lágrimas.

« Mi naturaleza es muy particular, decia; no siento lo que me sucede hasta despues que ha pasado. Siempre he dejado á mis amigos riéndome en sus barbas, sin perjuicio de llorar amargamente una hora despues una separacion en la cual me habia dado yo el papel mas feo. Es absurdo, pero es así: tengo el corazon tan sensible como el que mas, pero no está bien puesto; de seguro, su puesto está en el aire. »

Así se burlaba de sí mismo calumniándose, con un estilo perfeccionado ya por la desgracia, pues á este escritor formal le sucedió una cosa muy notable; en presencia de las necesidades mas rigurosas de la vida se creó un estilo adecuado á sus nuevas necesidades, un estilo claro, preciso, sin el lujo deplorabile de las paradojas á que antes se mostró tan aficionado; un estilo vigoroso, filosófico, y bastante irónico para no dejar traslucir la profunda herida de su alma.

Esta curiosísima y simpática correspondencia principia el 4 de agosto de 1852 por el 33 grado de latitud; vamos á copiar de ella algunos párrafos:

« 23 de julio, viernes. — El tiempo está alborotado, bajamos rápidamente al mar en tanto que las campiñas de las márgenes del Támesis parece que corren hácia Londres. ¡Hurra! es un vapor que sirve de rasgo de unión entre la Escocia y la Inglaterra. ¡Hurra! es un navío con bandera británica que viene á inundar la cité con los productos de la India. ¡Hurra! es una lancha pescadora que remolca salmones. ¡Hurra! ¡Hurra! á todas las embarcaciones que hallamos al paso y con las cuales cambiamos las señales de una larga despedida.

» Si no le faltara alguna cosa á ese hurra inglés, causaría una sensacion muy honda. Una chispa bastaria para que fuese terrible. Suponed ese grito saliendo con entusiasmo de todos esos pechos sobre los cuales se cruza constantemente un grave y solemne frac negro. Espontaneidad en la pasion y se eriza el pelo. Pero cuidado; pues el inglés conoce la espontaneidad y tambien la traicion; las conoce al dedillo porque las ha aprendido en su libro sobre la higiene del alma. Esta mañana consultó el libro, y en el artículo *D. perdida* leyó lo siguiente: « Sentimiento, 4 gramo; sensibilidad, 1 id.; pasion, juventud, entusiasmo, 1 id., porter, 40 pintas. Menearlo todo fuertemente, pero con método. » — ¡Oh! ¡el método!... Ya veis cuán esclavo se muestra de esta prescripcion; á pesar de toda la sensibilidad, la pasion, el entusiasmo y el porter que ha absorbido por la mañana, no abandona el método un solo instante. Antes de lanzar su ¡hurra! tienen que precederle dos gritos: ¡hip! ¡hip! lo que regulariza el compás del hurra. No se oye una sílaba que descarrile. Nada mas recto y matemático; el estudio del libro sobre la higiene del alma permite alcanzar tan perfecto resultado. Otra vez: ¡hip! ¡hip! ¡hurra! y ahora que hemos cumplido con todos nuestros deberes de hombre sensible é impresionable, ahora que está bien probado que la nacion inglesa tiene para los casos oportunos pasion y entusiasmo, volvamos á beber porter, — esta vez porter puro. »

De la cruz á la fecha es una obra maestra esta carta. Y sin embargo, cuando Fauchery de vuelta de los Golds Fields australianos reuna sus apuntes y sus recuerdos para componer su obra titulada *Cantas de un minero en Australia*, omitirá esta página y la reemplazara con alguna descripción fria y severa. Consiste en que era uno de esos hombres que se asustan con la disciplina de las palabras y que solo se encuentran como son en las confidencias íntimas, cuando no aparecen en público. Pero el tiempo urge y los sucesos van á correr rápidos sobre el papel, como las aventuras de nuestro amigo.

El 23 de julio de 1852 se embarcó Fauchery en busca de la fortuna, y hasta el 3 de junio de 1856 no le volvimos á ver, casi tan pobre como se habia ido. Todo lo que ha dicho y hecho y sufrido en estos cuatro años, ha sido escrito por él elocuentemente. Nada mas curioso que este viaje de un poeta, de un humorista y sobre todo de un amigo. Le vemos desembarcando en Melbourne al cabo de una larga y penosa travesía, instalándose con su compañera en una guardilla donde habia ya cinco, mediante 75 frs. por semana. Luego va á los Diggins, donde su mano fina y delicada maneja el pico y el hacha; baja á los pozos de doscientos piés abiertos por él mismo, y ve perecer en ocho dias siete víctimas del trabajo obstinado que dirige con tanto valor, con una resignacion tan admirable. Y jamás un ¡ay! jamás se altera su alegría, á menos que no piense en sus amigos.

Al cabo de dos años de infructuosos esfuerzos, se vuelve á la ciudad y abre un café; pero hé aquí que las nuevas amistades que se ha hecho le arrastran otra vez á los Diggins, donde se convierte en... vendedor de comestibles.

« Durante el curso de mi carrera de tendero, la hora mas dulce para mí, aquella en que me consagraba del todo á la patria ausente, fué siempre la hora en que me entregaba á la fabricacion de los cucuruchos para mi tienda. ¡Ay! amigo mio; si alguna vez seis mil leguas deben separarte de todo lo que tú quieras en el mundo, si te encuentras en un lugar todo lleno de hielos y de cifras, si el porter no te ha embrutecido hasta el punto que no saltes como una pelota de goma elástica á la lectura de una tragedia, — ¡haz cucuruchos! »

Pero esta nueva profeson no debia enriquecerle; estaba escrito que para él como para el hombre de la fábula, la fortuna que habia ido á buscar á lo último del mundo, le esperaba en Paris, ¡ay! á costa de un dolor muy grande. Su buena tia, su único recurso en sus miserias, habia muerto sin ver á su hijo adoptivo y sin poderse formar una idea ni aun aproximada de la distancia que la separaba de él. Fauchery volvió, pero por poco tiempo. Su naturaleza expansiva necesitaba aire; nuestras leyes, nuestras costumbres, le eran molestas. Necesitaba la libertad inglesa. Aquella Inglaterra que habia sido objeto de sus amargas burlas, le habia seducido con sus instituciones, su confort, su cordialidad y su justicia; y así fué que le vimos volverse á marchar, sin compadecerle esta vez, pues le llenaba de júbilo el dejarnos.

¡Ay! cuán corta fué su ilusion. En la Australia encontró los mismos engaños anteriores. Llegaba á la colonia con su nueva profesion de fotógrafo, pero ya todos los puestos estaban tomados, y lo primero que le ofrecieron al desembarcar, fué su retrato en fotografia. ¡Y Fauchery que iba para *instantaneur* á los australianos! Debió alejarse. Sin embargo, la muerte del cónsul general francés M. de Chabillant, que murió en sus brazos, le detuvo algun tiempo todavía. Por fin salió de Melbourne el 2 de marzo de 1859, y el 13 de mayo llegaba á Hang-Kong con direccion á Manila, donde segun él decia, le esperaba la fortuna con algunos buenos amigos. Del 28 de mayo al 9 de junio tuvo una travesía execrable en un barco francés. Mal tiempo, mal alimento, agua pésima, agua de mar destilada.

En Manila hubo de sufrir una desgracia horrorosa: en cuarenta y ocho horas perdió á su mujer, es decir, mas que un compañero de camino, mas que un amigo, su alegría, su valor y su razon. Entonces su desesperacion llegó al colmo. Quería matarse; pero se decidió á vivir para la ciencia, pues formó el propósito de descubrir la causa de la muerte de su mujer, que habia perecido víctima de una desgracia misteriosa.

« Desde hace cuatro meses apenas he trabajado mas que en aprender el español y en devorar libretos de fisiología, de anatomía y de patología. Quería saber cómo era que habia muerto con tanta rapidez. He leído Milne Edwards, Magendie, Broussais, Bichat, un año entero de Gaceta medical, de obras inglesas sobre las enfermedades de las Indias; he querido penetrar las maravillas del organismo humano que un soplo reduce á la nada. ¡Oh! En el dia sé mucho; me he consagrado especialmente á las calenturas, y sé á qué atenerme en este punto; perniciosas, nerviosas, biliosas, malignas, pútridas, intermitentes!... He creído un momento que todas ellas habian caído sobre mí, de tal modo me habia identificado con el tributo de destrozos y horrores que llevan consigo. Pero mi salud es de hierro; es una salud implacable, que resiste á todos los miasmas pútridos y mórbidos; en tanto que se ceban en mi alrededor, me dejan en pié y yo vivo solo en medio de las ruinas, presa de mi profundo dolor; ese dolor, que segun el proverbio español tan sencillo y verídico, es la agonía sin la muerte. »

Tocamos al año 1860. En Europa, segun la expresion de Fauchery, tenían la boca llena de pan y las cartucheras llenas de cartuchos. La expedicion de China estaba resuelta. Hé aquí una magnífica ocasion para Fauchery que deseaba libertarse del peso de la vida. Además, las profecías del extremo Oriente anunciaban la próxima destruccion de algunos millones de almas, y nada le podia ser mas agradable que estar comprendido en el número de las primeras víctimas. Sus amigos de Paris le suministraron los medios para ello. En Shanghai tuvo que esperar largos meses la llegada de los embajadores extraordinarios. Por fin el 8 de julio de 1860 llegaba al campo de Tche Foo con el título de corresponsal del *Moniteur* y encargado de una mision literaria por el señor ministro de la Instruccion pública.

Fauchery se encuentra pues salvado y en una posicion magnífica, relativamente. Con gran sorpresa por su parte ha venido á ser un personaje oficial que viaja por cuenta del ministerio de la Guerra. Forma parte del estado mayor general, y tiene la categoría de oficial superior con raciones, caballos, mulas, 12 francos diarios y consideraciones de toda especie. ¡Cuánto dista ya esta expedicion de su marcha á Varsovia, cuando corria solo, ó casi solo á romper las cadenas de los polacos!

En la China se batió muy poco, pero vió cómo se batián los demás; curioso como nadie, se encontraba siempre donde habia peligro. Por un milagro no cayó en la celada de Toug-Cheou. Los oficiales del ejército de China se acordarán largo tiempo de aquel *paisan*, buen muchacho, pero poco comunicativo con las charreteras, burlon escéptico con respecto á la gloria militar, y que arrastraba por do quiera el peso de una desesperacion íntima; de aquel escritor aventurero, indiferente al peligro y á las recompensas, que sin esperanza de ascensos y solo para *ver mejor*, arriesgaba su vida diariamente en las expediciones de vanguardia. Por la noche escribia bajo la tienda las cartas sobre la expedicion de China que han sido tan leídas en el *Moniteur*, y que sin embargo están muy lejos de valer lo que vale su correspondencia íntima.

Aquí es donde se debe buscar su verdadera opinion. « He asistido, dice, á una caza mas bien que á un combate. Con un poco de imaginacion habria podido yo salir del paso, pero no sé inventar nada, — y entre militares no se debe decir lo que se ve ni lo que se piensa. »

Y en otro párrafo: « Hay cosas que nunca podré decir, pues me fusilarian á la primera palabra. El único momento bonito de la campaña ha sido el del saqueo del palacio de Estío del emperador Hien-Fou; pero hé ahí otra de esas cosas que no se pueden escribir ni á un amigo. Lo único que se puede hacer es contarlo en voz baja y despues de haberse cerciorado que nadie escucha por el agujero de la llave. He contribuido á la toma del palacio. Eramos unos doce hombres de la vanguardia, quienes nos apoderamos de la cosa. No hay que llamarnos héroes; la plaza estaba defendida por seis tártaros que nos volvieron la espalda. Mataron dos, y al menos me queda el consuelo de no haber tomado parte en este asesinato. Durante toda la campaña ni una sola vez he descargado el revolver. Al otro dia comenzó el saqueo, bajo la expresa recomendacion de no tocar á nada. Únicamente los oficiales, — los preferidos, entraban. Yo entraba por todas partes. En veinte palacios al menos he visto mi fortuna que habria podido meter en un pañuelo de bolsillo, piedras preciosas, oro, perlas á puñados. He visto cómo tomaban todos y no he tomado nada. Sin embargo, no he dejado de tener fuertes tentaciones. Una vez hallé en un gabinete oscuro cerca de los aposentos de la emperatriz, un jarro de oro que pesaria 50 libras; lo pensé durante un cuarto de hora, y dejé el jarro donde estaba. »

¿Qué dice el lector de este singular aventurero, de este periodista miserable, de este descamisado, que es el único que no ha tomado nada y apenas se envejece de ello? Hé aquí porqué nosotros los periodistas, hombres de honor, podemos tener orgullo de nuestro amigo, que ha muerto pobre sí, muy pobre, pero muy honrado.

Hé aquí pues terminada la expedicion y hecha la paz. El ejército vuelve á Shanghai y Fauchery con él, todos le dicen que se vuelva á Francia, que será condecorado, pensionado y colocado; pero en vano, el Japon le llama invenciblemente, quiere ir al Japon donde aprenderá la lengua del pais, cuyo alfabeto posee ya, y en esas comarcas vírgenes todavía de la curiosidad europea y sobre todo de la fotografia, llevará á cabo alguna obra importante. Además, quiere cambiar de aire, *necesita*

viajar, se siente atacado de un mal indefinible, y por el pronto desea dejar inmediatamente á los soldados; ya está cansado de milicia. Abandona á varios buenos amigos en la oficialidad, entre otros al teniente coronel Dupin y al comandante de estado mayor general, el bizarro coronel Schmitz; lo siente mucho, pero ¿qué importa? un aburrimiento que le es imposible dominar le empuja adelante. La disentería le coge al paso y no le soltará; morir por morir, prefiere morir de la disentería que del recuerdo, — el recuerdo de un pasado inexorable.

De Shangai á Yokohama la travesía fué admirable. Viajaba á bordo del *Cádiz*, buque de la compañía peninsular. «Tocamos primeramente en Nangasaki, donde una parada de tres dias nos bastó para apreciar las seducciones de una ciudad encantadora.

Después obtuvimos un permiso para pasar por el mar interior, y durante seis dias de una navegación sin el mas ligero sacudimiento, descubrimos á derecha é izquierda los panoramas mas admirables que es dado imaginar. ¡Ay! amigo mio, estoy dando mi segunda vuelta al mundo, y no habia visto nada todavía; montañas gigantescas de formas extrañas, selvas impenetrables, ciudades y palacios que surgen en medio de una vegetación de los trópicos cuyas raíces entran en la mar, y por encima palmeras, bambús y camelias admirables; nieves eternas ó volcanes encendidos. Hay cosas tan extraordinarias que no pueden describirse, como verbigracia, las maravillosas bellezas del mar interior.»

Pasemos pronto sobre estas descripciones encantadoras bajo todos conceptos. Dos dias después de su desembarco, nuestro amigo caía enfermo de la horrible disentería que habia creído huir y que le atacaba con mas furia. Sin embargo, el porvenir le aparecía risueño. ¿No es siempre ese momento el que la muerte elige para dar sus golpes mas crueles? M. de Bellecourt, el consul general de Francia en el Japon, acaba de dar á Fauchery el empleo de redactor de los trabajos de estadística. Fauchery iba á escribir una obra oficial con el concurso de la autoridad del consul, obra que, impresa en la imprenta imperial habria servido mucho en Francia. Lo que es proyectos no le faltaban; volveria á ver á sus amigos en abril de 1862; no queria morir antes.

La muerte se tapó los oídos y le dejó hablar, y durante cuatro meses hizo lentamente su obra de destrucción. Pero en este tiempo se aumentaba considerablemente la actividad epistolar de nuestro amigo. Siempre anunciaba su vuelta; pero nosotros no nos engañábamos, y su muerte acaecida el 23 de abril último ha podido afligirnos, pero no sorprendernos.

El pobre viajero yace en Yokohama, esa tierra de maravillas que apenas ha entrevisto. Ella le sea ligera.
A. B.

El Padre Ventura.

Hace algunos años se veía en una casa de la calle Duphot de Paris, delante de un cuartito situado en el entresuelo, una lamparilla siempre encendida á los piés de una *Madona*. Casi todos los personajes importantes de aquel tiempo, en las letras, en las ciencias y en la Iglesia, han conocido al huésped de aquella modesta y singular habitación, y sin embargo, bien pocos le han acompañado á su última morada. Era el teatino Giacomo Ventura, baron de Raulica, nacido en Palermo el 8 de diciembre de 1792 del baron Gaud de Raulica y de doña Catalina de Gattinelli, que ha fallecido hace pocos dias en Versalles.

Las circunstancias que le trajeron á Francia merecen ser señaladas.

Discípulo de los jesuitas de Palermo, entró muy jóven en el establecimiento de los teatinos. Nombrado en breve secretario general de esta orden, se hizo el publicista de ella, el defensor de su restauración, y alcanzó su objeto mientras ocupaba en Nápoles, aunque era siciliano, los cargos de censor de la prensa y de miembro del consejo real de la Instrucción pública.

Habiendo tenido que ir á Roma en 1826 para asuntos de su orden, su superioridad produjo sensación; el sumo

pontífice le llamó á formar parte de la comisión de censura con Orioli, Micara, después cardenales, y con Capellari, futuro Gregorio XVI. — En este tiempo Ventura

Al mismo tiempo secunda con todo su poder la reacción antigalicana de Lamennais, de Bonald, de José de Maistre, traduce sus obras y establece en su libro *De Methodo philosophandi* (dedicado á M. de Chateaubriand, 1826) las bases históricas de su sistema de filosofía. A su juicio toda filosofía católica descansa en la escolástica de la edad media, y particularmente en el grandioso monumento elevado por santo Tomás.

El renacimiento cortó bruscamente la evolución católica de la sociedad, fué un retroceso hácia el paganismo, y Leon X cometió al favorecerle un crimen contra la sociedad cristiana (véase el libro *Dell' influenza del secolo XVI* que le valió el sobrenombre de *Bossuet italiano*).

Obligado otra vez á retirarse por los manejos de aquellos á quienes ofuscaba su personalidad, Ventura consagra once años á la predicación, en la cual en Italia como en Francia tuvo pocos iguales, sin salir de ese papel mas que para protestar contra las nuevas ideas emitidas por Lamennais, mientras por otra parte trataba de contener la corte de Roma en sus anatemas contra el hombre que en otro tiempo habia llamado el *último padre de la Iglesia*.

Llegó el gran movimiento liberal de 1846, cuya señal dió el papa Pío IX. Ventura le sigue con resolución; pronuncia la oración fúnebre de O'Connell, y desde entonces su influencia toma en Roma proporciones considerables. El 1º de mayo de 1848 Ventura, de acuerdo con el conde Amari, el baron Pisani y otras notabilidades revolucionarias, entrega al papa una enérgica manifestación para rectificar el error en que á su juicio ha caído el pastor supremo. Afirma que el sucesor de Julio II, sin dejar de ser el padre común de los cristianos, puede hacer la guerra á un pueblo católico; sostiene que debe hacerla al Austria. Cuando la Sicilia corre á las armas, Ventura, nombrado par

del reino, acepta de sus compatriotas el mandato de ministro plenipotenciario cerca del gobierno romano cuya caída tenia prevista, pues para él Rossi debia de ser «el Polignac y el Guizot del papado.» Por medio de folletos enérgicos defiende la legitimidad de la revolución italiana, y entra un instante en las ideas federativas patrocinadas por Rosmini y Gioberti, aunque personalmente era muy hostil á este último.

Después de proclamada la república se queda en Roma, pide al gobierno siciliano que siga el ejemplo que acaban de dar los nuevos soberanos del Capitolio, y de acuerdo con ellos que lleve la guerra al reino de Nápoles donde el rey Bomba (era la expresión favorita del Padre Ventura) organiza la reacción armada; se esfuerza por detener la marcha de las tropas francesas diciendo al general Oudinot que al destruir por medio de la fuerza la república romana «daba á la idea republicana en Italia una fuerza que no tenia y que hacia el poder papal punto menos que imposible.»

Hé aquí el luminoso apogeo de la brillante y turbada carrera del Padre Ventura. Roma vencida, se retira á Civita Vecchia y luego á Montpellier. Condenada por la congregación del *Index* su *Oración fúnebre por las víctimas del sitio de Viena*, se somete y se retracta, pero no vuelve á Italia. Después de haber pasado dos años en Montpellier, viene á Paris donde predica en varias iglesias con gran éxito, publica en francés obras notables á pesar de la incorrección de la forma, predica á las sociedades modernas los dest nos mas sombríos, y finalmente, va á terminar en Versalles una existencia llena de movimiento y al cabo estéril, pues si es verdad que ha removido muchos hechos é ideas, ni en el dominio de la acción ni en el del pensamiento, habrá fundado nada duradero, y su nombre, presa de todas las polémicas, de todos los elogios y de todos los odios, habria ya comenzado á encontrar la paz, por no decir el olvido, si contra esta segunda muerte no le protegiera el retrato trazado por Lamennais en las horas de intimidad y confianza:

«Con su alma tierna, su espíritu activo, fecundo y penetrante, dotado de cualidades eminentes, propio para la práctica de los negocios como para las especulaciones de la ciencia, no hubo nadie jamás que estuviese poseído de un amor al bien mas ardiente...» D. O.



ANTONIO FAUCHERY, muerto en el Japon.

profesa el derecho público eclesiástico; es limosnero de la universidad, y el elogio fúnebre de Pío VII comienza su reputación oratoria. De repente ultrajado por inobles calumnias, hace dimisión de sus dignidades oficiales; pero animado con la amistad de Leon XII y luego



EL P. VENTURA, mármol del museo del Luxemburgo, por M. Oliva.

con la de su sucesor, sabe llevar á buen término escabrosas misiones diplomáticas, negocia el concordato con el duque de Módena, reconcilia á Leon XII con Chateaubriand, embajador de Francia, y decide el reconocimiento del rey Luis Felipe, de hecho, si no de jure.